IDA BACCINI

MEMORIAS DE UN POLLITO





Ida Baccini



Ida baccini

Memorias de un pollito



Ida Baccini

Nació en Florencia, Italia, el 16 de mayo de 1850. Fue escritora, narradora y periodista. En el campo de la literatura infantil, fue precursora de autores muy reconocidos como Carlo Collodi y Edmundo de Amicis. Dedicó gran parte de su vida a los estudios de pedagogía y a crear material educativo en una época crucial para Italia, conocida como la etapa del Resurgimiento.

En su faceta como periodista colaboró con distintas revistas, entre las cuales destaca su trayectoria en *Cordelia*, gaceta que dirigió desde 1884 hasta 1911. A lo largo de su vida publicó más de cien obras, de las cuales la mayor parte estuvo orientada a la formación pedagógica de niños y adolescentes. Entre sus textos más reconocidos figuran *Memorie di un pulcino* (1875), y su continuación *Come andò a finire uil pulcino* (1939), publicado póstumamente.

Murió en su ciudad natal, el 28 de febrero de 1911.

Memorias de un pollito
Ida Baccini

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: María Grecia Rivera Carmona
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

MEMORIAS DE UN POLLITO

I

PRESENTACIÓN

Nací en Vespignano, en la región de Mugello, en Toscana, en 1874. A mi papá no lo conocí, y cada vez que le preguntaba por él a mamá se producía una escena que haría enternecer hasta a las piedras. Se ponía a cacarear de modo lastimero: entre aquellos gritos captaba algo a duras penas, como, por ejemplo, asador, fuego, retorcer el pescuezo y otras lindezas de ese estilo.

Yo, como podrán imaginar, en aquella época era muy pequeño para entender qué había pasado; pero ya desde entonces empecé a no poder ver los asadores, y cuando para ir a buscar a mamá me veía obligado a asomar la cabeza por la cocina de la señora, se me ponía la piel de gallina. Pero dejando aparte esos momentos de los que, por otra parte, intentaba huir con todas mis fuerzas, mi vida estaba lejos de ser aburrida.

Vivíamos todos, mamá, mis quince hermanitos y yo, en aquel gallinero, tan grande, espacioso y limpio que era

una delicia; durante el día éramos dueños de zascandilear por un gran campo en el que había todo tipo de bondades; árboles aquí y allá, cerezas hermosas, alcachofas, habas, guisantes, tantos como para no saber qué hacer con ellos; ¡incluso trigo! Había como para dar de comer a media ciudad, como decía Giampaolo, un campesino alto como una pértiga al que todos en casa respetaban y llamaban maestro.

Era el que tenía las llaves de la despensa, del granero y de la bodega; pero no había ningún peligro, no para tener que mantenerse alejado; de hecho, era afable, bueno y más accesible que el resto, se llevaba bien incluso con nosotros los pollitos; a menudo cuando nos acercábamos a sus pies y le rondábamos nos daba alguna miga de pan.

Además, el pollito al que todos querían más era a mí; la razón no la he sabido nunca; quizás, perdónenme la soberbia, era porque no era tan arisco como mis hermanitos.

Cuando Giampaolo, la señora o incluso Mariuccia, hija de esta última, venían a buscarme, nunca me escapaba; dejaba que me cogieran y acariciaran todo lo que ellas quisieran; seguro que, si hubiera querido cogerme algún

muchacho para tirarme de la cola o de las plumas, habría hecho como los otros: habría salido por patas y si te he visto no me acuerdo; pero con esta buena gente podía estar seguro de que no me harían ningún daño ni en broma.

Por la noche, después, cuando mamá nos llamaba para acostarnos, siempre era el primero en obedecer; y si veía que mis hermanos se retrasaban, se me ponía algo en el estómago, ¿cómo podían preocupar así a mamá?

Marietta decía que era bastante guapo y, como me quería muchísimo, me había puesto alrededor del cuello un lacito rojo que, según ella, me hacía aún más guapo. Pero yo, así entre nosotros, de buena gana me hubiera quitado ese estorbo y más de una vez intenté picotearlo y estropearlo; Marietta, sin embargo, me ponía otro en seguida, instándome a obedecer.

¿Qué podía hacer? ¿Qué habrían hecho ustedes en mi lugar, niños? Me resigné.

Los primeros días, lo confieso, la resignación se me hizo durilla, pero después me percaté de que mi dueña lo

pasaba mal, así que yo, para darle gusto, dejé la cinta en paz y me acostumbré a llevarla.

Una vez que les he dado estas informaciones que me parecían más que necesarias para darme un poco a conocer, empiezo en seguida a contar mi historia, o como se diría hoy, mis aventuras.

Es una historia, son las aventuras propias de un pollito, pero no tengan dudas, no, que mi parte de desgracias también la he vivido yo, y los días feos han sido más que los de color rosa. Sin embargo, he intentado aguantar las decepciones de la vida con la firmeza de ánimo que Dios también da a los pobres animalitos, y en las épocas buenas nunca me he mostrado soberbio y he intentado siempre sacar el poco bien que había en mí.

Ahora me va razonablemente bien.

De pollito he pasado a ser un robusto y esbelto gallo y, si tengo la suerte de quedarme con los dueños que tengo ahora, estoy seguro, segurísimo, de que moriré de viejo.

II

EL POLLO DE LENA

Antes de nada, cuatro palabras sobre la familia de campesinos en la que nací, me crie y pasé los días más felices de mi juventud.

Estaba formada solo por cuatro personas: la señora, su marido, Mariuccia y el señor Giampaolo, hermano del marido, por lo tanto, tío de la niña. De este ya he contado algo antes así que hablaré de los otros tres.

La señora, es decir, Tonia, como la llamaban todos, era una mujerona que rondaba los cuarenta años, rechoncha, de buen carácter y conciliadora. Nadie recordaba haberla visto nunca enfadada; bueno, una vez que un gato de fuera (en casa, gracias a Dios, no se veían animales de esos) le robó un buen trozo de carne de la olla, en lugar de perseguirlo o de desahogarse diciendo improperios, se encogió de hombros mientras decía:

—Pobre animal, ¡vete a saber el hambre que tendrá! —Y eso fue todo.

Geppino, su marido, también era bonachón; pero él no se habría tomado de la misma manera algo así; porque, a decir verdad, era bueno, pero su parte de cascarrabias tenía.

Y luego, Marietta, ¡qué niña tan encantadora!

Para quien la quería ver, estaba siempre junto a su mamá para ayudarla con las tareas de la casa; en determinados momentos iba a la escuela y, cuando volvía, o se entretenía con las muñecas o, si el tiempo lo permitía, venía al campo a divertirse con nosotros los pollitos; yo, como ya les he dicho, era su predilecto, y no había un día en el que no me regalase alguna cosilla: un piñón, un poco de pan o alguna semilla.

Y era igual de buena con todos; si llamaba a la puerta algún pobrecillo, se quitaba el pan de la boca para que no se fuera triste: y muchas veces, y de buena gana, la he visto compartir su merienda con niñas pobres que no tenían nada que comer.

La cosa, como ven, queridos niños, no podía ir mejor; estaba entre gente buenísima que me quería mucho, no me faltaba nada, podía decirse que era el más feliz de los pollitos.

Y estupendo para mí si me hubiera contentado con eso y hubiera sido siempre bueno y obediente. Insisto: he tenido muchos disgustos, pero tengo que admitir que la mayor parte me los he procurado yo solito, gracias a mis imprudencias.

Una mañana vino a la granja una viejecilla toda vestida de fiesta con un hatillo en una mano y un gallo vivo en la otra; buscó a Tonia, en cuanto la divisó de lejos, fue hacia ella llorando.

—¡Oh, abuela! —dijo la señora—. ¿Qué milagro es este? ¿Ha venido a comer con nosotros? Pero ¿llora? Por amor de Dios, ¡dígame qué le ha pasado!

—Hija —respondió la ancianita secándose los ojos con la punta del mandil—, he venido para decirte adiós...

—¿Cómo? ¿Pues dónde se va?

—A S..., a casa de mi hija. ¿Qué quieres? Desde que se casó esa bendita muchacha, yo me quedé sola como un perro en esa casita que me dejó mi pobre Lucantonio, que en paz descanse. No digo nada, gente de bien siempre la ha habido y todos, para consolarme, estaban pendientes de mí: «Lena aquí, Lena allá, Lena ven con nosotros...». De eso no me puedo quejar, pero yo, Tonia, ya sabes, no he sido nunca mujer de andar de casa en casa. Siempre me ha gustado estar en mi casa, con los míos. Esta vez, sin embargo, no he podido adaptarme. Por la noche estaba acostumbrada a estar ocupada con mi hija que siempre encontraba nuevos trabajillos para tenerme entretenida; a las diez rezábamos el rosario y a la cama. ¡Eso era una buena vida!

—Ya lo creo, ¡pobre Lena!

—Y desde que Teresina se casó y me dejó sola, no he tenido ni un momento bueno. Ya no podía verme en esa casa. Comía algo solo para sobrevivir, pero la melancolía me consumía, siempre estaba llorando. Por decirlo en pocas palabras, ¿sabes qué he hecho? Hoy a las ocho he escrito a mi hija y a su marido; les he contado todo y ellos, pobres, adivina qué me han dicho: «Véngase en seguida

con nosotros, mamá, donde comen dos comen tres». Así que, Tonia, no me lo han tenido que decir dos veces.

—Ha hecho usted bien, Lena —dijo la señora enternecida—. ¿Y con su casa qué va a hacer?

—Escuche, a decir verdad, yo la quería vender: pero me daban una miseria; unos pocos cientos de liras[1] y ya. Así que, ¡mire qué he hecho! Bita, la mujer del campanero muerto, no tenía para pagar la renta y ayer vino llorando a mi casa para ver si le prestaba algo de dinero, aunque fuera para dar un anticipo al dueño de la casa. ¡Pobre mujer! Medio enferma, con cuatro criaturas pequeñas, impresionaba oírla sollozar de esa manera. Le dije: «Escuche, Bita, yo dinero tengo poco; el collar de coral se lo di a Teresina cuando se casó; solo me queda esta casita; si fuera rica y sin hijos se la podría regalar, pero yo, por desgracia, tampoco tengo mucho, pero hasta que yo vuelva, como si la casa fuera suya; vuelva aquí con sus hijos y no lo piense más. Acuérdese de pagar los impuestos al ayuntamiento y luego, si le sobra algo de dinero me lo da, si no, de momento no importa».

1 La lira fue la moneda de curso oficial en Italia desde 1861 hasta la entrada en vigor del euro en 2002.

¡No saben cuánto lamenté en aquel momento no ser más que un pobre pollito! Nadie sabe lo que habría dado por tener un par de brazos como los suyos. ¿Saben lo que hubiera hecho de haberlos tenido? Lanzarme al cuello de esa pobre mujer.

Tonia también se emocionó; se veía porque le brillaban los ojos.

—Y en casa, entonces...

—Ha ido Bita con sus hijos —respondió suspirando Lena—. Se la he confiado ¿sabe? Allí nacieron todos mis hijos, allí murió mi suegra, mi marido... Pero ¿qué hora es que ya está el sol tan alto?

—Las doce en punto, Lena; voy a servir la sopa, acompáñenos...

—Gracias, pero se me ha hecho tarde; la diligencia sale a las doce y media y de aquí al pueblo todavía hay un rato. Cuídese, Tonia. Discúlpeme el atrevimiento, le he traído unos pocos metros de lino tejido por mí para que le haga dos camisas a María. Dele un beso de mi parte y

disfruten de este pollo a mi salud, hagan con él un buen asado para Navidad.

Y Lena, después de abrazar y besar a mi dueña, puso rumbo a su destino.

El pobre pollo al que le deparaba tan trágica suerte, en cuanto Tonia le soltó las patas que le tenía atadas con una cinta, fue a protegerse detrás de un árbol mientras lanzaba miradas al interior todo lo contrario de felices.

Me apuesto que si hubiera podido se las habría ingeniado para picotearle los ojos a Lena.

Me quedé solo con él.

De primeras él estaba en su sitio y parecía decidido a quedarse allí solo, pero yo, en lugar de ofenderme, lo compadecí. ¡Pobre animal! Había estado más de una hora cabeza abajo y con las patas atadas con un trozo de cordel; no sabía con qué fin su dueña le hacía tener esa postura totalmente nueva para él y, mientras se devanaba los sesos para intentar entender algo, nota que lo apoyan en el suelo y, lo que es peor, escucha el anuncio de su próxima matanza. Que me pregunto yo si estos no son

motivos suficientes para sentirse mal y si el pollo no tenía razones para estar pensando en sus cosas. Por otra parte, sentía ganas de infundirle ánimos y de decirle que si se hacía querer por la dueña y la hija las cosas no se pondrían tan feas, todo dependía de él. Además, para ese bendito día de Navidad faltaban aún dos meses y medio y ¿quién sabe qué puede suceder en dos meses y medio?

Así que comencé a estar siempre cerca de él, a pipiar del modo más amable que podía y a preguntarle si le apetecía dar una vuelta por la granja.

Para mi sorpresa, aceptó y yo enseguida le solté algunas palabras de cariño que surtieron su efecto. En cuanto se recuperó un poco y tomó un buen desayuno, lo llevé con mamá y mis hermanitos; estos últimos lo recibieron con júbilo, lo invitaron a pasar al gallinero y uno de ellos estaba a punto de cederle una mariposa que acababa de atrapar cuando esta, aprovechando el momento, logró retomar el vuelo ante el evidente gesto de fastidio del pollo que la siguió con mirada maliciosa durante un buen rato. La que se mantuvo fría y reservada fue mamá. Hizo los honores con un cierto aire que indicaba claramente al invitado: «no me gusta mucho». Yo sufría, porque a fin

de cuentas al pollo lo había llevado al gallinero yo y me daba pena quedar mal con él.

En ese momento llegó Marietta de la escuela y después de haber dejado la cartera en casa vino corriendo para ver al recién llegado del que ya le había hablado su madre.

—¿Dónde está? —gritaba mientras daba saltitos—. ¿Dónde está el pollo forastero? Que venga, que yo lo vea.

Un muchacho que estaba por allí escardando se lo señaló y ella enseguida se agachó para cogerlo por el cuello; pero el pollo, no sé si molesto por la fría acogida de mi madre o porque quizás no estaba acostumbrado a modales corteses, en lugar de dejarse coger, salió corriendo como un cohete después de haberle dado picotazos en la mano.

—¡Malo, malo! —exclamó María con lágrimas en los ojos—. Espera a que te coja yo... ¡Ahora ya solo quiero a mi pollito obediente, lindo, bueno!

Si bien aquellos elogios estaban destinados más a que el pollo se picara que a alabarme a mí, yo me puse contento de todos modos y corrí hacia mi dueña

que me cogió, me besó repetidamente y me llevó a su habitación. Allí se divertía todos los días poniéndome delante de una cierta lámina de cristal en la que veía a otro pollito idéntico a mí y que era tan simple que me imitaba en todo. Yo, al principio, me enfadaba, y mucho; pero Marietta se reía a más no poder diciéndome que me enfadaba conmigo mismo porque ese otro pollito era yo, yo mismo. ¿Entienden ustedes algo, niños? Yo les confieso que no y no he conseguido aún convencerme de que yo pudiera ser otro y que ese otro, por lo tanto, pudiera ser yo. Seguro que Marietta, que leía muchos libros con dibujos, podría explicármelo un poco más claramente, pero la muy granujilla se conformaba con reír y acariciarme segura de que con esa explicación era suficiente.

Aquel día también me tocó estar mirando durante tres o cuatro minutos a aquel pollito descarado y luego, como se hacía de noche y mamá nos llamaba, la dueña me volvió a llevar abajo, después de decirme buenas noches mil veces.

No tardamos mucho en recogernos todos bajo las alas de mamá. El pollo se había metido en el gallinero y él también, encaramado en un palo, durmió tranquilamente.

III

LOS CONSEJOS DE MAMÁ

Los primeros rayos del sol doraban el tejado de la casa y los pajarillos habían comenzado ya su alegre gorjeo cuando un ligero picoteo en el cuello me despertó de repente, asomé la cabeza de debajo del ala con un poco de fastidio y vi a mi madre que me miraba seria y pensativa.

—Te he despertado un poco antes de lo normal —me dijo con un tono más bien grave— porque necesito hablar contigo antes que los señores vengan al campo y antes de que ese señorito... —y señaló hacia donde estaba el pollo que aún dormía— empiece a zascandilear. Escúchame. Tú siempre has sido bueno, te has ganado el cariño de todos, has escuchado mis consejos y nunca se ha dado el caso de que yo haya tenido que recurrir a gritos o castigos; pero ahora comienzas a hacerte mayor, ya no estás todo el día junto a mí y te gusta andar de aquí para allá. Y no te lo reprocho, hijo mío, ya sé que las cosas deben ser así. Las mamás crían a sus hijos, los protegen y les están cerca mientras son pequeños, pero una vez que crecen es justo

que los hijos se acostumbren a valerse por sí mismos y a ser útiles también a quien tanto ha hecho por ellos. Por lo tanto, hijo mío, ve, pero te pido que no te alejes de la granja y, sobre todo, que no te juntes con ese pollo que llegó ayer; no me gusta mucho y estoy segura de que si me desobedeces podrías acabar teniendo algún disgusto grave. Ayer por la mañana, en cuanto llegó, tú te ofreciste a ser su guía y te fuiste a dar una vuelta por el campo con él. Para trabar amistad se necesita cautela; antes de ir con alguien hay que conocerlo bien y saber si es bueno, si es persona honrada y otras mil cosas importantes.

Y mi madre, después de estas palabras que me causaron mucha sensación, se alejó con paso lento y majestuoso.

Me quedé durante un tiempo abstraído en mis pensamientos.

Estaba decidido, más que decidido a obedecer a mamá completamente, esto está claro, pero no conseguía entender la razón de su antipatía por el pollo. ¿Qué le había hecho el pobre animal? Si había llegado solo hacía unas pocas horas, y ya condenado a una muerte cruel, ¿cómo y cuándo podía haber disgustado a mamá? Basta, concluí conmigo mismo, las mamás siempre nos

advierten por nuestro bien, pero, al final, a veces ellas también pueden equivocarse; así será también con la mía; seguro que yo no iré a buscar al pollo, pero tampoco le quiero hacer ningún desaire.

Mala cosa, niños, cuando los hijos suponen que a las madres se las puede engañar.

Hice come dije.

Durante el día iba a lo mío, sin preocuparme ni mucho ni poco del invitado; cuando se me acercaba para hablar, lo saludaba amablemente y, educadamente con una excusa u otra, lo dejaba solo.

Por la noche, cuando mamá me preguntaba sobre el tema, me alegraba de poder decirle:

—Para obedecerte he hecho esto y esto otro... ¿ves cuánto te quiero?

Y esa buena criatura venga a acariciarme y a agasajarme.

Escuchen, niños, yo he probado muchas cosas buenas, hasta peladillas y azúcar, pero les aseguro que

las caricias de mamá superan en dulzura a las peladillas y los azucarillos.

Así fue pasando el tiempo y el pollo no encajaba con nadie; era adusto, impertinente y malicioso, y nadie, naturalmente, lo veía con buenos ojos; hasta Marietta, que no haría daño a una mosca, le decía:

—¡Te veré en la olla, malucón!

No creo que la dueña hiciera bien dirigiéndole esas palabras, las cuales, para quien no la conociera bien, no le darían una prueba muy fehaciente de su buen corazón, pero aquel animalito, hay que ser justos, se las arrancaba de la boca con sus malos modales.

¿Alguien lo buscaba para verlo o para acariciarlo? Y el enseguida agitaba sus alas, las abría y cacareaba ruidosamente como si quisieran comérselo.

Esto era lo de menos; su renuencia y su carácter soberbio podían atribuirse a la mala educación recibida y, tal vez también, a las desgracias pasadas, las cuales, en lugar de hacerlo humilde y resignado probablemente lo habían irritado más de lo normal.

Pero de lo que no podía compadecerme y lo que no podía excusar era su mal corazón. Por ejemplo, ¿Tonia nos daba el alimento? Los pollitos, por respeto, esperábamos siempre a que mamá lo hubiera probado y después íbamos nosotros con moderación y sin demasiada avidez. El pollo, en cambio, no andaba con remilgos: elegía los mejores bocados y, cuando estaba lleno, esparcía el resto de modo que no se pudiera reunir ni una porción.

Recuerdo una vez que mamá se sentía mal y no podía tragar el típico salvado de miga de pan y trigo, Tonia, como la buena mujer que era, le cocinó una buena olla de arroz y se lo puso delante para que se recuperara un poco; el pollo de Lena, en cuanto vio a Tonia alejarse se abalanzó sobre el arroz y se lo comió todo todo, sin dejar a mamá ni un solo grano. ¿Qué les parece, queridos niños, este comportamiento?

¡Ay el mal corazón!, ¡el mal corazón! No se disculpa en nadie: ni en los animales ni en los niños; de hecho, con respecto a los niños, escuchen lo que solía decir un anciano que venía de vez en cuando por la noche:

—Me gusta ver a los niños espabilados, alegres e incluso un poco alborotados (ya que el alboroto se comprende, siempre que sea en el momento preciso y no cuando mamá o la maestra se afanan, pobrecitas, en explicarles tantas cosas buenas); pero lo que nunca podría mirar con indulgencia son las pequeñas maldades, los desprecios, los actos malvados y todo eso que, en definitiva, revela en el muchacho un mal corazón. ¿Qué importa que un niño esté todo el santo día con los brazos cruzados sobre el pecho y con la cabeza baja si después, cuando sale de la escuela, no le da al pobre que encuentra por la calle el trocito de pan que le ha sobrado del desayuno? ¿Qué importa que un niño esté siempre con un libro en la mano y con el cuaderno delante y se gane con eso el calificativo de sensato y estudioso si después, cuando vuelve a casa y encuentra a su madre enferma, se niega a hacer esos favores que ayudan tanto a quien los recibe o si no le presta las atenciones que merecen los padres? Ciertamente, digno de alabanza es el muchacho que está educado y correcto cuando los mayores le hablan o le enseñan algo; y no tiene menos valor quien saca buenas notas en lectura, en cálculo y en caligrafía; pero quien supera a todos, el que merece el elogio y el amor de quien lo conoce, es el niño bueno que es el consuelo de papá y

mamá, el niño caritativo que comparte su merienda con los pobres.

¡Pero miren qué tipo de discurso me ha obligado a hacer el pollito! Me he ido por los cerros de Úbeda y puede que hayan pensado, quién sabe cuántas veces, que soy un charlatán. Ya está bien, me centro ahora mismo en el tema.

Nuestro invitado se había entendido siempre conmigo; por lo que confieso que esta preferencia me había llegado al corazón y quien sabe lo que habría pagado para hacerle entender que yo también lo quería un poco, ¡pobrecillo! ¡Me daba tanta pena! ¿O es que no habría sido bonito conseguir que fuera un poco más bueno? Me habría puesto manos a la obra de buena gana. Pero claro, un día que me atreví a decirle a mamá lo que pensaba me respondía con estas palabras exactas:

—Hijo mío, había una vez un hombre de bien al que se le estropeó la fruta que él guardaba para regalar a los amigos: el muy ingenuo pensó que podía ponerla con otra que estaba fresca y buena, «así…», se dijo a sí mismo, «…también la mala se pondrá buena». Ojalá nunca lo hubiera hecho. Después de diez días fue a verla

y encontró toda la fruta podrida y echada a perder. Eso es lo que le pasa, hijo mío, a los buenos que alternan con malas compañías, que acaban como ellos, o peor aún. Así que compórtate, no te digo que seas maleducado con ese pobre animal que a fin de cuentas es un pobre desgraciado (¿te parece poco no saber hacerse querer por nadie?), pero depende de ti, tú a lo que te diga responde amablemente, pero sin muchos miramientos.

IV

DESOBEDIENCIA

Estábamos más bien al final de un magnífico día de octubre. El sol calentaba, no se movía una hoja y los pajarillos revoloteaban por las viñas buscando alguna uva que hubiera quedado después de la vendimia. Los granjeros con Marietta estaban en casa todos atareados preparando las habitaciones para la llegada de unos señores que venían todos los años a pasar algunos días en la granja.

Más tarde supe que esos señores eran nada más y nada menos que los dueños de aquellas magníficas tierras; supe que eran tres: marido, mujer y un niño, y que este último, aunque fuera rico y vestido siempre a la última moda, era bueno y sin soberbia.

El día, como les he dicho, era espléndido; mamá, sin embargo, no se sentía demasiado bien, estaba acurrucada en el gallinero y nos había pedido desde por la mañana que nos portáramos bien y sensatamente. Mis hermanos

estaban desperdigados por el campo: algunos en busca de algún sabroso bocado, otros dando una vuelta, yo estaba solo y me aburría. No tenía ganas de pasear ni tampoco de estar quieto; estaba intranquilo y no veía la hora de que se hiciera de noche para irme a la cama.

De pronto, un tímido quiquiriquí me hizo girarme y me vi delante al pollo de Lena que me miraba con un aire entre sonriente y compasivo.

—¡Qué día tan bonito! —dijo él para empezar.

—Precioso —respondí yo.

—¿Qué haces aquí tan solo?

—Nada, me aburro. Estoy apático, mamá se siente mal y cuando no la veo tengo la sensación de estar perdido.

—Ya lo creo. Tiene que ser un buen consuelo tener una mamá buena y amorosa como la tuya, ¡qué suerte!

—Tú —pregunté sorprendido—, ¿no la has tenido?

—Sí, pero por poco tiempo. Es una historia triste la mía, querido pollito.

Desgraciadamente me picó la curiosidad por conocer aquella triste historia, pero no me arriesgué a decirlo, recordando los consejos que poco antes me había dado mamá con tanto amor. Sin embargo, el pollo que era astuto como siete zorros lo vio en mis ojos y con dulces modales me dijo:

—Ven, falta más de una hora para que oscurezca, damos una vuelta por el camino y te cuento todo.

—Pero no sé si hago bien —respondí balbuceando—. Mamá no sabe nada... está enferma...

—¿Es que te ha prohibido pasear?

—No digo eso, pero...

—¿Te ha prohibido que estés conmigo?

—No, ¡qué va!

—¿Entonces?

—Voy, voy.

No tuve el valor de decirle abiertamente la verdad. Y, además, no me gustaría haberlo afligido, así que por eso preferí antes afligir a mi pobre madre que me quería tanto y que se fiaba completamente de mí.

—Escucha —empezó el pollo—, tendría un mes y medio cuando mis dueños, que eran gente acomodada, pero con poco corazón, me arrancaron del seno materno y me regalaron a esa vieja bruja de Lena.

—¡Oh! ¿Por qué la tratas de ese modo?

—Tengo mis razones, verás.

—Oye, no hay razones que valgan; a las personas no se las trata mal, especialmente cuando están lejos y no se pueden defender...

—¿Crees que yo sería tan ingenuo de decirle a la cara esas cosas? Para que me matara, me cocinara y me comiera en un momento, ¿verdad? Se ve que no tienes un ápice de sentido común. Ya vale, sigo contándote.

—Continúa, continúa —dije con dulzura—, pero no digas cosas feas.

—Lena —prosiguió con aire serio el pollo— estaba, como sabrás, con una hija que más tarde contrajo matrimonio; por otra parte, entonces era muy joven y tenía una gran pasión por las flores y los animales, fíjate que en su salón tendría no menos de seis o siete jaulas llenas de jilgueros, mirlos, petirrojos y pinzones que a ciertas horas del día montaban un jaleo que volvía loco a cualquiera, era como estar en un bosque; además tenía por casa un gorrioncillo gruñón que te ponía de los nervios solo verlo, pero a la dueña la quería mucho, y ella a él; fíjate que cuando ponían la sopa en la mesa el gorrión, sin ningún remilgo, de un vuelo se lanzaba sobre la mesa y se ponía a picotear en los platos, lo cual era una auténtica indecencia. Pero las dueñas, sin embargo, le reían la gracia y un día que, víctima de su propia gula, se cayó en la sopera que, por suerte, solo contenía ya un poco de sopa seca y casi fría, ¿sabes lo que sucedió? Teresina comenzó a llorar y gimotear y hubo que hacer de todo para hacerle entender que su protegido no se había hecho nada. Así estaban las cosas cuando yo llegué a esa casa. Imagina si todas estas tonterías no me iban a llamar la atención y no me harían enfadar.

—¡Oh, bueno! —respondía enseguida—. Yo no le habría dado más importancia, habría dejado hacer y me habría preocupado de cumplir puntualmente con mi deber para que la dueña, con el tiempo, me quisiese a mí también.

—Ya, claro, por detrás de todos los demás, ¿no? ¡Vaya gracia!

—Pero, perdona, los otros estaban antes que tú, así que era justo que los quisiera un poco más...

—Sí, ya, como se nota que razonas como el estúpido que eres.

—¿Pero qué lógicas son estas? —interrumpí yo completamente ofendido.

—Vale, vale —dijo con más dulzura el pollo—, no te piques, mejor escúchame bien atento: ¿quiénes son más útiles, los pollos o los pájaros?

—Por supuesto, los pollos...

—Los pollos, querido, ponen huevos, ofrecen al hombre un alimento saludable, sustancioso...

—Por eso, también los pajaritos... —Y no pude seguir. Apuesto a que los lectores adivinarán el porqué.

—Los pájaros —continuó tranquilamente mi despiadado compañero— son un plato de lujo y no todos pueden comprarlos, además, para los enfermos y las personas débiles no es un alimento adecuado, sin embargo, los pollos...

—Por favor —murmuré con un hilo de voz—, cambiemos de tema.

—Venga, vale. Pero entonces, ¿estás de acuerdo con que somos superiores a esos insolentes animalillos?

—Sí.

—Y ¿no te parece fuerte verse descuidado y apartado por culpa de quién, de un despreciable pajarito que no vale para nada más que comerse las moscas?

—Aquí tienes otra buena. ¿Quién te enseña estas cosas? ¿El pájaro no es útil? Pobre de ti. Si pudieras

hacerte entender, me gustaría que le preguntaras al señor Giampaolo. ¿No son útiles los pájaros? ¿Y quién, si no estos, se come todos los insectos nocivos que revolotean por el campo haciéndole un gran servicio a los agricultores? De hecho, si lo piensas bien, no hay nada inútil en este mundo, hasta los animalitos más humildes son buenos para algo; es más, volviendo a los pajaritos, te diré que en un cierto lugar de cuyo nombre no me acuerdo ahora, los habían expulsado con la falsa suposición de que eran dañinos para los cultivos, ¿sabes qué tuvieron que hacer al cabo de dos años? Los volvieron a llamar deprisa y corriendo porque las tierras estaban plagadas de gusanos, los cuales, viendo que podían pasar allí tiempo sin miedo, habían establecido su hogar en las más estupendas coles y en las lechugas más apetitosas. ¿Qué me dices de eso?

—Digo que tendrás razón, pero igualmente yo esa vida no la podía aguantar, se me revolvía la bilis, ¿sabes qué hice? Teresina, como te he dicho, tenía una gran pasión también por las flores y todos los días llegaba con paquetitos llenos de semillas que le regalaban sus amigas, ponía mucho interés en elegir las macetas más adecuadas para llenarlas de tierra y poner sus semillas.

Era lo que quería. En cuanto se daba la vuelta, yo me ponía enseguida a picotearlo todo y en menos de cinco minutos destruía un trabajo que le había llevado mucho tiempo, imagínate su rabia cuando se percataba. Se ponía histérica, lloraba y yo, mientras, disfrutaba... ja, ja, ja.

Y el pollo se puso a reír con esa típica risa de quien está satisfecho de lo que ha hecho. Pero yo, muy serio, le dije:

—Te parece bonito, ¿eh? ¿No te da vergüenza contarlo?

—La verdad es que no. Entonces, según tú, ¿uno debe tomarse con santa paciencia todos los desaires que le hacen sin intentar vengarse?

—Nadie te hacía ningún desaire, además, aunque te lo hubieran hecho, tu deber era tener paciencia, nunca hay que vengarse, con la venganza se pierden todas las razones y no se consigue nada más que disgustos...

—Pues yo no sentí ningún disgusto, es más, cuando me vengaba estaba tan contento.

—Señal de que eres realmente malo y caprichoso; sigue así, yo ya no te quiero y lamento haberte acompañado. Quiero volver ya con mi mamá.

Con toda esta charla se había hecho tarde y la hora a la que solía irme a la cama había pasado ya desde hacía un rato, pensé en mi pobre madre y lo preocupada que estaría.

—Vamos a casa —dije enseguida al pollo— ¿no ves que ha oscurecido? Pero ¿dónde estamos? En nuestra granja desde luego que no... No sé dónde estoy...

—Ya lo creo, hace bastante que salimos de tu granja, mi querido predicador.

—Pues ¡démonos prisa! —dije angustiado—. Vete a saber cómo nos esperarán, pero qué hemos hecho, Dios mío.

—¿Sabes el camino para volver a casa? —me preguntó de pronto el pollo después de un minuto de silencio que me pareció un siglo.

—No, ¿cómo crees? No he salido jamás del campo de Giampaolo, pero tú sí lo sabes, ¡vamos, vamos!

En lugar de darse prisa, el desgraciado de mi compañero se paró y, con una cierta voz burlona que nunca olvidaré, me dijo:

—¿Hacía bien o mal vengándome de Teresina?

—Hacías mal —respondí con franqueza.

—Entonces, era malo —siguió con el mismo tono.

—Claro que eras malo.

—Pues muy bien. Ahora dime: ¿me quieres?

—Si prometes enmendarte, sí.

—¿Y si no me enmendo?

—Entonces no.

—Pues bien, señor pollito valiente, lo dejo en compañía de sus buenos sentimientos, que, espero, sean

más que suficiente para llevarlo de vuelta a casa, yo, mientras tanto, le deseo una muy feliz noche.

Y el malvado desapareció rápidamente detrás de algunas plantas y me dejó solo solo en aquel campo solitario.

V

CASTIGO

A mis lectores no les costará mucho imaginarse la desesperación que me provocó la huida inesperada del pollo. En un primer momento lo llamé gritando con todas mis fuerzas, lloré, supliqué, pero todo fue inútil; él ya no podía oírme.

—¿Qué hago?, ¿qué hago? —decía para mí sollozando—; ¡oh, mamá!

Parecerá que me quiero alabar, pero en honor a la verdad, confieso que, más que el miedo, lo que me atormentaba eran los remordimientos por haber desobedecido a mi madre, que, pobrecita, a saber lo preocupada que estaría por mi culpa. Hice todo lo posible por intentar encontrar el camino, no lo conseguí. Por todas partes había árboles, senderos, viñas y nada que pudiera darme una pista del lugar sobre el que me encontraba. ¡Y si al menos durara el buen tiempo! Pero no, señor, en el cielo, a juzgar por los grandes nubarrones

y la humedad en el ambiente, se estaba preparando una gran descarga de agua.

—Tengo que salir de esta —Me decía a mí mismo mientras miraba si se daba el caso de encontrar algún lugar elevado del suelo donde poder acomodarme a la buena de Dios para dormir.

¡Vaya! Miré aquí y allá, pero no veía nada, absolutamente nada aparte de árboles altísimos y grandes para subirse a los cuales hacía falta algo más que mis pobres alas de pollito.

—Caminemos.

Y por fin, quien busca halla y quien pregunta entiende. Yo no pregunté nada, pero hallé algo: una especie de palo no muy largo unido a una vid y con algunas ramitas que me venía al pelo.

El lugar era bueno, hasta el punto de que estaba resguardado por una especie de viejo techado muy oportuno, esto lo podrá decir ciertamente quien se ha visto sorprendido por una tormenta en la calle sin paraguas y se ha calado hasta los huesos.

Así que el lugar era bueno, solo había que subir, ¡pero ahí estaba el intríngulis! Cómo envidié en aquel momento a los ágiles pajarillos de cuerpecillo esbelto y plumaje ligero.

Tenía mucho miedo de pegarme un porrazo o de romperme una patita, pero quien no arriesga no gana, dice el refrán, así que abrí las alas y me lancé. ¡*Catapum*! Me caí al suelo:

—¡Ay, ay! —Me volví a levantar todo dolorido y, después de haber echado un vistazo alrededor para ver si alguien podía reírse de mí a mis espaldas, volví a intentarlo. ¡*Catapum*! Volví a caer.

Me encontré completamente abatido, pero dispuesto a volver a intentarlo. Mientras tanto había comenzado a llover torrencialmente. Y allí estaba yo para aprestarme de nuevo a la famosa subida cuando un ruido insólito me golpea, era como un crujido de hojas, me paré y me puse a escuchar. Que cada uno imagine con qué intrepidez... No volví a oír nada.

—Me habré equivocado —dije entonces—. Soy tan miedoso. Volvamos al vuelo.

Y ya me lanzaba, ya me parecía estar posado sobre la tan ansiada ramita cuando... (aún tiemblo recordándolo) un magnífico gato romano apareció de repente de un montón de paja y vino hacia mí. ¿Me había visto? No lo sé y no quería saberlo. Solo sé que se me puso la piel de gallina y «¡patas mías, no hay vergüenza por escapar cuando es necesario!» exclamé con una energía propia de la desesperación y me entregué a una huida, a una huida tan precipitada que poco faltó para que se me saliera el corazón. Cuando creí que había perdido de vista al gato me paré para mirar a todas partes. Ya no había nadie y mientras el agua seguía cayendo a cántaros. Por suerte encontré una cabaña de esas donde los campesinos se ocupan de las uvas. Me acomodé como pude solo para esperar a que fuera de día. ¡Vaya nochecita, fue eterna!

La lluvia me había calado hasta los huesos y en cuanto la primera luz del alba me permitió mirarme me encontré irreconocible. Las plumas estaban empapadas, las patitas estaban cubiertas de barro y del lacito rojo tanto le gustaba a mi dueña quedaba solo algún hilo. Aun cuando la luz del día me había llenado el corazón de alegría, me puse triste al ver a qué estado penoso me había llevado mi desobediencia.

Estuve un rato ensimismado en mis pensamientos. ¿Qué le diría a mamá? ¿Qué excusa le pondría? Yo no estaba acostumbrado a las mentiras y decir una sería un gran sacrificio, además, me decía a mí mismo, aunque en el mejor de los casos encontrara algún recurso, ¿quién me aseguraría que me creerían? ¿Y de aquel pollo malvado no cabía esperarme cualquier jugarreta, incluso la de desenmascararme delante de todos? Y en ese caso, reflexionaba, yo sentiría el deber, porque la verdad está por delante de cualquier cosa y yo, no siendo sincero, me hago daño a mí mismo y agravo aún más mi pecado. Así que, pase lo que pase, yo quiero decir la verdad. Mamá y los señores me han querido siempre, no me van a querer matar ahora, ¡ánimo! Y una vez que me convencí de esto mi corazón se sintió mejor.

Escuchen, niños, yo les aconsejo seguir siempre lo que les dicen sus padres y obedecerlos en todo, es lo más seguro para estar contentos; pero si, desgraciadamente, se diera el caso de tener que descuidar alguno de sus deberes, no pierdan el tiempo, inclínense a sus rodillas y confiesen sus faltas; seguramente no les pondrán buena cara y les caerá alguna regañina, pero apreciarán su sinceridad y al final los perdonarán. Y entonces ¡qué

consuelo! Créanme, mis niños, después de la alegría por ser buenos e inocentes, la más grande es la de arrepentirse y ser perdonados, palabra de pollito honrado.

El sol ya estaba arriba y una fresca brisa otoñal había despejado el cielo de todos esos nubarrones que la tarde anterior me habían causado tanta pesadumbre, no quedaba nada del tiempecito de anoche aparte de las flores húmedas y las piedrecitas aún mojadas que brillaban al sol.

Me puse en camino con la cabeza gacha, más tranquilo y con la esperanza de encontrar a alguien que me indicara el camino. Después de unos cincuenta pasos me encontré con un perro que caminaba un poco por delante de dos campesinos vestidos de fiesta. Yo nunca he sido muy extrovertido, de hecho, siempre he ido a lo mío, especialmente si me encontraba con personas de una posición superior a mí; pero ese no era día de andarse con tales convenciones. Estaba solo, no sabía volver y ese buen perro seguro que podía darme algún consejo.

Sin mucha vergüenza y después de haberle hecho una reverencia, que poco faltó para acabar cayéndome, le pregunté con la mayor amabilidad que pude:

—Disculpe, señor, si tengo el valor de preguntarle, pero usted es tan amable que seguro que se apiadará de mí...

—¡Oh, dime, dime! —respondió cortésmente el noble animal.

—Tiene que saber, señor perro, que yo soy un pollito muy desgraciado, he pasado la noche fuera de casa...

—Muy mal, ¿y ahora?

—Ahora, para serle franco, no consigo encontrar el camino de vuelta. Nuestro señor es Giampaolo, sabe, ese campesino largo, más bien seco...

—Comprendo —dijo el perro y, después de olfatear al aire, añadió— sigue este sendero hasta el final, gira a la izquierda y después de haber recorrido toda la subida te encontrarás frente a la iglesia, de allí a tu casa hay dos pasos... ¿Deseas algo más?

—Gracias y buen paseo —respondí saludándolo respetuosamente y procurando caminar lo más rápido

posible; me parecía que hacía un siglo que no veía a mamá.

Gracias a Dios, llegué; podrán imaginar cómo me quedé al ver a aquella pobre criatura sola, en medio de un campo de berzas, que miraba para todas partes. ¿Y Maria? ¡Querida niña! Ella también estaba allí, inquieta y pensativa, estaba claro que también me buscaba, disgustada por mi imprudencia. Correr hacia ellas y prorrumpir en un desesperado *pío pío* fue todo uno. ¡Qué alegría se llevó la dueña! Me besó, me llamó con los nombres más dulces y quiso que comiera algo enseguida, y mientras yo, con el corazón lleno de gratitud y arrepentimiento, picoteaba algunos granos de trigo me decía de modo amoroso:

—¡Malo! ¿Por qué nos has preocupado tanto? ¿Dónde has pasado esta noche? Si supieras cuánto te buscamos ayer al avemaría[2], en cuanto la pobre gallina, con sus cacareos, nos avisó de que no estabas. Buscamos con linternas por toda la granja. Me desgañitaba llamando a mi pollito en vano. El granujilla ya no se acordaba de su dueña, el granujilla se había escapado, nos había

2 Referencia al momento en el que, al caer la noche, antiguamente sonaban las campanas de la iglesia para invitar a los católicos a rezar a la Virgen.

abandonado. Esta noche no podía coger el sueño, ¿sabes en quién pensaba? En ti, todo el tiempo en ti, y cuando la lluvia daba contra los cristales de mi ventana y cuando el viento aullaba y hacía caer las hojas de los árboles yo decía: ¡Quién sabe dónde estará mi pollito ahora! Quizá estará padeciendo frío, quizá se mojará todo, quizá morirá de debilidad. En cuanto se ha hecho de día he bajado corriendo y, gracias a Dios, has vuelto. ¡Pobrecito, pobrecito!

Y la adorable jovencita, después de haberme besado otra vez, me dejó a los cuidados de mamá, porque tenía prisa, dijo, por ir a arreglarse un poco.

Mamá quiso que terminara de secarme bajo sus alas, hasta que no me vio un poco repuesto no me preguntó por qué razón había pasado una noche entera fuera de casa. No le oculté nada y, terminado el relato, muy afectado le pedí perdón.

—No pasa nada, hijo —respondió ella—, no pasa nada, siempre que tú me prometas que esto no volverá a suceder nunca más, ya que si volviera a pasar moriría de dolor.

—¡Oh, mamá, por favor! No lo diga ni en broma —la interrumpí con ternura—. Quédese tranquila, no volveré a disgustarla nunca más, voy a hacer caso siempre de sus consejos y voy a estar con usted todo lo que pueda. ¿Está contenta?

—Sí, querido, y que Dios te bendiga. Escucha, hoy hay fiesta en casa, vienen los señores Dalvi, los dueños de la granja, con su hijo que es un poco vivo, un poco revoltoso, pero en el fondo un buen chico.

—No me fastidiará, ¿no, mamá? —exclamé atemorizado.

—No creo, pero, aunque se quiera divertir un poco contigo, paciencia, acepta ese poquito de mal como una expiación de tu error, briboncete.

Y mamá sonrió amorosa. Intenté imitarla, pero no pude. Mis lectores se habrán percatado ya de que yo no tenía la más mínima intención de llegar a ser un héroe.

—Así que —siguió mi madre poniéndose seria— hoy hay fiesta; harán comida y no será raro que elijan el pescuezo de alguno de casa, de nuestra casa se entiende.

¿Pero, por qué tiemblas, tontín? A ti no te van a matar, seguro, eres muy pequeño y por lo tanto insípido, a mí tampoco porque me quieren bastante, además soy la más vieja, pongo huevos y no se ha dado el caso de que nunca me haya quedado con ninguno. ¿Sabes a quién van a matar? A Mimí, esa gallinita blanca y negra que el señor Giampaolo se llevó hace tiempo...

—¡Pobrecita! —exclamé conmovido—, lo siento. Preferiría que mataran al pollo de Lena...

—¿Por qué? —me interrumpió mi madre mirándome fijamente.

—¿Por qué? —repetí un poco confundido—. ¡Oh, mamá! Porque es malo, porque se ha portado mal conmigo.

—Así que estás de acuerdo. ¿Ves cómo tenía razón cuando te aconsejaba que no entablaras amistad con él? Pero ahora que el mal ya está hecho, hay que perdonarlo y desear que se haga bueno, y tú, en cambio, ¡le deseas la muerte! ¡Muy bonito!

—¡Mamá!

—No, dime entonces, ¿con qué valor le reñías por picotear las semillas de Teresina cuando también tú sabías que en su caso habrías hecho lo mismo, o tal vez peor?

—Pero, mamá —dije con voz lacrimosa—, el pollo se vengaba él solo y yo, en cambio...

—Y tú, en cambio, esperas que otros te hagan el trabajo. ¡Qué vergüenza! Hijo mío, no basta con abstenerse de la venganza, hay que saber perdonar, perdonar siempre, perdonar con todo el corazón y desear todo tipo de bienes a nuestros enemigos.

—¡Oh, mamá, querida mamá! —respondí todo arrepentido—. Cómo me avergüenzo de haber dicho todo eso, qué suerte tengo de tener una madre tan cariñosa y buena.

—Anda, anda, no hablemos de mí que aquí no pinto nada, quiero que seas bueno y punto.

—No lo dudes, yo me ocupo. Ahora dígame: ¿el pollo, ayer por la noche, volvió tarde o pronto? Le salió bien.

—No podía haberle salido mejor, tardaría poco más de media hora y cuando volvió al gallinero encontró la puerta abierta, los señores no habían vuelto aún del trabajo y yo andaba de acá para allá preocupadísima por ti. En cuanto vi que cualquier búsqueda sería en vano volví a entrar en casa llorosa, me fijé enseguida en el pollo, que encaramado en su palo me miraba con ojos maliciosos. «¿De dónde vienes», le dije inmediatamente, «¿has visto a mi hijo». «¿Yo? De ninguna manera, he ido a pasear por los caminos y, de hecho, me sorprende no haberlo visto. Pero ánimo, volverá, volverá». Imagínate cómo me quedé y con qué angustia esperaba que se hiciera de día para salir a buscarte. Dios no ha permitido que yo sufriera por mucho tiempo y ahora, gracias a Él, te estrecho nuevamente en mi regazo.

—Pobre mamá, gracias por ser tan buena. Mire, ahí se acerca Marietta.

VI

¡POBRE POLLO!

Maria, mientras, se acercaba cada vez más. ¡Qué coqueta estaba aquella mañana! Toda vestida de blanco, con un bonito cinturón rosa, las trenzas rubias que le caían sobre los hombros, parecía tal cual el angelito que tenía en su habitación pintado a la cabecera de la cama. En cuanto me vio:

—¡Ánimo! —exclamó—, venga, ahora a lavarse que si lo vieran de esa guisa me avergonzaría. ¡Vamos, sea bueno!

Y agachándose hacia el suelo me cogió entre sus brazos, me llevó a su habitación y después de haber buscado y rebuscado durante un cuarto de hora en el cajón, sacó una cintita rosa y me la puso alrededor del cuello haciéndome un lacito a un lado, luego me dejó libre y se marchó con su madre hacia la iglesia del pueblo.

¡*Tolón, tolón, tolón*! Repican las campanas, el cielo está azul, los pájaros cantan, es fiesta.

La señora y Marietta están en la verja de la granja desde hace media hora, llevan un buen ramo de flores en la mano y de vez en cuando miran al camino principal. Se ve que esperan a los dueños.

Giampaolo y Geppino con la camisa remangada, delantales recién lavados y con las caras coloradas están en la cocina ocupados preparando el almuerzo. ¡Y qué almuerzo! Una sopa de tallarines con huevo que decía ¡cómeme, cómeme!, un buen puchero de patatas con mantequilla, dos bandejas de sesos de cordero e hígado, un gran pastel de macarrones y luego dulces, queso, fruta y un montón de bagatelas. Lo que me sorprendió fue no ver el asado.

—Mejor así —dije para mí—, uno de mis compañeros se ha librado por esta vez.

Mientras me deleitaba con esta idea, de pronto le dice Giampaolo a Geppino:

—Para hoy hay mucha cosa, el asado lo dejamos, pero de mañana no pasa.

—Has hecho bien recordándomelo, y yo que ya no me acordaba. Hay que darse prisa para cortar el pescuezo al pollo de Lena, si esperamos más no lo podremos comer, estaría duro y estoposo. ¿Voy yo?

—No, no, ya bajo yo, en cinco minutos está hecho, mientras tú saca el vino, toma las llaves de la bodega.

No quise oír más. Corrí angustiado por la granja y en cuanto vi al pobre animal:

—¡Escapa! —le dije— ¡Escapa! Te buscan para matarte.

—¿A dónde escapo? —respondió con melancolía el pollo—, me encontrarían en cualquier sitio; hay que morir, tu mamá, pollito mío, me ha abierto los ojos y ha hecho que me dé cuenta de lo malo que soy; ahora me arrepiento de corazón y te pido perdón por el daño que te he causado, ¿me perdonas?, ¿puedo morir en paz?

—Por favor, amigo mío —respondí entre sollozos—, no me digas eso, no pienses en esas cosas, yo también me he equivocado, ¿sabes? Mejor intenta escapar que si te cogen estás perdido.

Al pollo no le convencieron mis palabras, pero movido simplemente por el deseo de complacerme se despidió de mí y se dispuso a huir.

¡Ay de mí! No le dio tiempo. La ruda mano de Giampaolo lo alcanzó. Yo me precipité a ocultar la cabecita bajo el ala para no ver, para no oír.

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! Al día siguiente, a la misma hora, el pollo de Lena giraba lentamente en el asador. Y esa buena pieza de Geppino untándole el lomo con una pluma empapada en aceite exclamaba sonriendo:

—¡Pero qué buen color avellana!

VII

PELEA DE GALLOS

Aquellos señores eran realmente buena gente, personas sencillas como pocas. El señor Angelo era un hombre apuesto, vestido completamente de negro, con un buen bigote rubio que le confería un aire grave y severo. Su esposa, una entrañable mujer de unos veinticinco años, era delicada y amable como un jazmín: ojos negros, cabello oscuro, dientes bonitos y ciertas maneras delicadas que enamoraban a cualquiera. Alberto, es decir, el señorito como todos lo llamaban, había heredado del papá la figura esbelta y los modales cariñosos.

En cuanto llegaron agasajaron a mis dueños y cuando, después de media hora, el reloj marcó la hora del almuerzo, comieron todos con alegría como si fueran de la misma condición; es cierto que los granjeros servían a los dueños y estaban casi todo el rato de pie, pero había tanta dulzura al pedir y tanta alegría sincera al obedecer que verlos era realmente una maravilla.

Después del almuerzo, el señor Angelo quiso visitar la granja junto a Giampaolo y Geppino; la señora Clotilde fue con Tonia, que a toda costa quería enseñarle unas magníficas sábanas de lino natural hilado en casa en aquel tiempo, y Marietta y Alberto, que no se cansaba nunca de acariciarme, subieron a una especie de terraza desde la que se disfrutaba de una agradable vista de los campos cultivados.

Eran las seis y soplaba un vientecillo más bien fresco; pero los dos niños no se daban cuenta, pero yo sí y habría dado cualquier cosa por estar con mamá en el gallinero. Pero Alberto, que desde el primer momento, no lo digo por presumir, me había cogido cariño, me tenía continuamente entre sus manos y de mandarme a dormir ni siquiera se hablaba. Marietta que conocía bien mis costumbres sufría viéndome allí, temblando de frío; yo me daba cuenta de las miradas de compasión que me lanzaba de pasada, pero no se atrevía a hacer ninguna observación al respecto. Solo después de una media hora buena dijo tímidamente:

—Señor Albertino, está oscureciendo, sería mejor que bajáramos a la cocina donde estarán nuestros padres, de paso llevaremos a la cama al pollito.

—Bajemos, bajemos —respondió prontamente Alberto—, te contaré alguna anécdota, pero el pollito debe quedarse conmigo más rato —pero como vio que mi dueña torcía un poco el gesto se apresuró a añadir—: ¿tienes miedo de que coja frío? Mira, lo tapo bien con el babi y le dejo solo la cabeza fuera para que pueda respirar. ¿Estás contenta así?

—¡Oh, sí, por favor! —respondió amablemente Marietta, y dirigiéndose a mí—: todo lo malo sea que mañana tengas que dormir un poco más —respondí con un sumiso «pío» y me resigné sin mucho esfuerzo, ya que pensé que mal no estaría en aquel lugar y que, si la conversación del señorito me aburriera mucho, podría echar alguna cabezada también allí.

Bajamos y encontramos a todo el grupo allí reunido alrededor del fuego.

—¿Han armado alboroto, granujillas? —dijo la señora Clotilde peinando el cabello un poco enredado de su hijo y besando en la frente a Marietta.

—Oh, no, señora —respondió esta última—. Hemos estado en la terraza viendo la puesta de sol; el señor

Alberto me ha contado muchas historias interesantes sobre su viaje a España. Me ha hablado sobre todo de una gran ciudad de nombre...

—Madrid —apuntó el señor Angelo.

—Exacto.

—Apuesto —exclamó a su vez la señora Clotilde— a que no te ha dicho nada de la pelea de gallos que tiene lugar en esa ciudad.

—¡Oh, mamá! —interrumpió Alberto poniéndose rojo—, ¿por qué me quieres mortificar?

—¿Yo? Para nada, hijo mío, la pelea de gallos es un espectáculo al que hubiera preferido que no asistieras y ya sabes por qué; tú, sin embargo, como el niño testarudo que eres, te empeñaste en ir de todos modos. ¿Cómo terminó todo?

—No me lo recuerdes, por favor, mamá...

—Anda, anda, no exageremos. Amigos míos —dijo la señora Clotilde a los presentes—, pídanle a mi hijo que se los cuente; será divertido, estoy segura...

—Venga, señorito —exclamaron mis dueños todos a la vez—, cuente, cuente, ¡no se haga de rogar!

Alberto, que a pesar de sus defectillos era la amabilidad en persona, sonrió, miró a su padre y a su madre y empezó:

«Tenía muchísimas ganas desde hace tiempo de ver las peleas de gallos, ya que es algo de lo que había oído hablar mucho, pero mamá se oponía siempre diciéndome que no era un espectáculo adecuado para niños de mi edad, que me impresionaría y muchas otras cosas que entonces, muerto de curiosidad como estaba, me parecían aburridas, pero que, sin embargo, admití como verdaderas más tarde.

Una mañana vino a buscarnos un señor que era muy amigo de papá y tras los primeros cumplidos dijo:

—¿Sabe, señora Clotilde, qué están haciendo en Madrid?

—¡Diga, diga! —exclamamos a la vez mamá y yo.

—Nada más y nada menos que pelea de gallos. Lo he visto anunciar en letras grandes por las esquinas. Es hoy a las doce del mediodía, yo quiero ir, por supuesto, porque me da curiosidad ver una pelea de este tipo, si quisieran acompañarme...

—¡Oh! Yo no, de verdad —respondió decidida mamá—, son escenas que encogen el corazón, he oído hablar de ellas y es suficiente.

—¿Y Alberto? —preguntó el señor acariciándome los mofletes.

Yo estaba completamente emocionado, miré a mamá con ojos suplicantes y le dije mientras la abrazaba:

—¡Déjame ir! Sé buena —Se hizo rogar un poco, pero al final accedió.

Fui corriendo tan contento a ponerme el sombrero y una hora después estaba sentado tranquilamente en una estupenda butaca roja esperando la llegada de los formidables guerreros con plumas. ¡Si vieras, Marietta, lo curioso que es ese teatro donde se hacen estos espectáculos! Si has estado en Florencia, en Roma o en

Milán seguro que has visto unas casetas altas, redondas, con paredes de cristal donde se ponen los vendedores de periódicos; se llaman quioscos y son parecidos a esos que se veían antes en las casas de los señores. Pues bien, ese teatro parece un quiosco, pero es muy grande, como para un millar de personas. La forma es como el sombrero de copa que lleva papá, pero en grande, se entiende, cabe muchísima gente.

En el medio hay un escenario circular que mide como un metro de alto, cubierto por una alfombra verde; alrededor hay una barandilla a modo de balconcillo trabajada como una delicadísima red; ese palco es el campo de pelea para los gallos y la red está puesta a propósito para que no puedan escapar.

Alrededor de esta especie de jaula cuya tarima es amplia como una gran mesa de comedor está dispuesto un círculo de butacas y detrás, un poco más en alto, una segunda fila. Más allá de las butacas se levanta una grada de bancos hasta la pared en la que se abre una galería sostenida por diez elegantes columnas de mármol. La luz viene de arriba. Yo no me cansaba de mirar: el rojo de las butacas, las flores pintadas en las paredes, las columnas y la luz daban al teatro un aire alegre agradable y divertido.

A la hora convenida, un hombre apareció sobre el escenario con dos cajitas agujereadas en la mano. Las abrió y salieron de ellas dos gallos estupendos, esbeltos, tiesos como una vela, no tenían cresta y abrían los ojos con una mirada todo lo contrario a amorosa. El hombre hizo una reverencia al público y desapareció dejando solo a los combatientes.

Al principio no se miraron, de hecho, se pusieron a cantar los dos, alargando el cuello hacia los espectadores como si preguntaran:

—¿Qué diantres quieren?

Poco a poco y haciendo como que nadie los había visto aún, se fueron acercando; daba la sensación de que cada uno quería pillar al otro a traición. De repente, ágiles como niños, dieron un gran salto con las alas abiertas, se dieron un buen empujón y volvieron a caer dejando todo perdido de plumas. Después de este empujón, que fue como el inicio de la pelea, pararon y se pusieron uno enfrente del otro con unos ojos que líbrenos el Señor de ellos.

Después se abalanzaron de cabeza con una furia increíble, se hirieron a fuerza de patadas y picotazos, se apretaron con las alas de un modo que parecían un solo gallo con dos cabezas, se golpearon contra los hierros de la barandilla, se persiguieron, se cayeron, estrujaron, aletearon, y los golpes se hicieron cada vez más continuos, las plumas de la cabeza desaparecieron, los pescuezos parecían de fuego y sangraban que era una pena. Luego empezaron a picotearse en la cabeza, alrededor de los ojos, en los ojos, se despellejaban con la furia de dos locos que tienen miedo a ser partidos, parecía que aquellos desgraciados supieran que uno de los dos tenía que morir. No había ningún peligro de que protestaran, solo se oía el crujido de las alas agitándose y las plumas que se rompían. No había un minuto de descanso, era una lucha desesperada que conducía directa a la muerte».

En este punto del relato yo me sentía morir de la pena; no tenía nada contra esos pobres animales porque ellos no tenían nada que hacer, lo que me enfadaba realmente eran los malos que permitían esas matanzas y aún más los que iban a verlo, sentados cómodamente, con una sonrisa en los labios y con la misma tranquilidad con la que se asiste a un buen almuerzo.

Marietta, que a buen corazón no la ganaba nadie, no pudo contenerse y le dijo al señor Alberto:

—Pero, señor mío, en ese país los hombres no deben de tener corazón. ¿Cómo se puede estar ahí viendo con indiferencia ese horror? Me parece increíble que usted pudiera resistirlo, con lo bueno que es...

—¡Oh, cállate! —continuó suspirando Alberto—. Cuando lo pienso se me pone la piel de gallina, pero ¿qué quieres? En aquella época era aún más pequeño y la curiosidad... Bueno, venga, sigamos con el relato.

«En un determinado momento, uno de los gallos dejó ver claramente que se sentía cansado y que las fuerzas le flaqueaban, el otro aprovechó entonces el momento y lo agredió más ferozmente. Sus picotadas cayeron continuas y rabiosas en los ojos de su víctima con un ritmo que daba miedo. El vencido forcejeó, aleteó, intentó escapar entre los hierros de la barandilla, todo fue inútil, su enemigo lo persiguió, picándolo e hiriéndolo. Finalmente, el pobre gallo se paró, agachó la cabeza y parecía como dormido, el vencedor se quedó mirándolo atentamente sin hacer nada. Después de un par de minutos de tregua, el moribundo volvió a levantar despacito la cabeza y el

otro le cayó encima con un mar de picotazos. La víctima se movió ligeramente, se sacudió, flaqueó y murió. Entonces, el vencedor, en señal de alegría, se puso a cantar, pero entonces llegó alguien y se llevó a los dos. Así se puso fin a la dolorosa escena, y ya era hora. Yo no podía más.

Todos los espectadores se levantaron para irse, algunos hablaban sobre el valor de los gallos, otros sobre los particulares de la pelea, yo lloraba a lágrima viva y a mi compañero le costó un buen rato calmarme. Me pasé tres días sin poder comer con mi apetito de siempre. Ahora ya ha pasado bastante tiempo desde aquel día, pero cada vez que lo pienso se me ponen los pelos de punta».

—¡Ya me imagino! —exclamó conmovida Marietta, y después, sonriendo—: en mi caso, no hay peligro de que vaya a Madrid si no es en sueño y, aunque fuera, por mí los gallos podrían estar tranquilos. No iría a verlos ni aunque me pagaran mi peso en oro.

—¡Buena niña! —dijo la señora Clotilde—, estos sentimientos te honran. ¡Qué dirás entonces cuando seas mayor y estudies la historia y especialmente la de nuestra patria! ¡Ya verás!

—¡Madre mía! ¿Es que también aquí, señora Clotilde, hay gallos que se pelean?

—Gallos no, pequeña. Son hombres de carne y hueso como nosotros...

—¿Y por qué se pelean? ¿Para entretener a la gente?

—Nada que ver, se pelean por amor propio, porque quieren mandar sobre pueblos que no les corresponden y, a veces, incluso por capricho.

—¡Por Dios! ¿Y los que mandan no pueden impedir estos horrores?

—A veces sí, a veces no.

—Por eso cuando Cecco, el de la Nunziatina, se hizo soldado todos lloraban.

—Ya lo creo —interrumpió Alberto—, se iba a la guerra. ¡Pobrecito! Yo, cuando sea mayor, iré a esconderme bajo tierra con tal de que no me cojan.

—Y harías mal, pero que muy mal, Alberto —dijo con cariño el padre cogiendo al hijo sobre sus rodillas—, mira,

hay cosas que aún no puedes entender bien porque eres pequeño, pero voy a ver cómo puedo hacerte entender esto de la mejor manera posible.

Escucha, ¿tú quieres a mamá?

—¿Por qué me lo preguntas, papá? —exclamó el niño—. Mamá me ha traído a este mundo, me ha criado y cuando tuve la escarlatina, ¿te acuerdas?, veló día y noche en la cabecera de mi cama junto a ti. ¿Cómo no voy a quererla?

—Entonces —continuó el señor Angelo—, si con todo el cariño que tienes a mamá viniera alguien, por ejemplo, un niño malo a molestarla, ¿qué harías?

—¿Yo? ¡Imagínatelo! Primero intentaría que parara por las buenas y, si no fuera suficiente, defendería a mamá con todas mis fuerzas.

—Y harías más que bien. Pero si te hubiera molestado a ti, tendrías que haber tenido paciencia y aguantar mejor que vengarte... pero a mamá, ni en broma. Ahora, para que entiendas el tema de la guerra, responde primero a mis preguntas. ¿Dónde has nacido?

—En Florencia.

—¿Dónde has crecido?

—En Florencia.

—¿Y tus amigos y tus maestros de dónde son?

—¡Ay, madre! De Florencia.

—Tus pobres abuelos descansan también en Florencia, en Monte alle Croci, ¿verdad?

—Sí, papá —respondió el niño.

—Y dime una cosa: ¿te molestaría tener que dejar la bella ciudad donde has nacido, has crecido y te has hecho bueno? ¿Dónde descansan en paz los restos de tus mayores?

—Oh, claro, no quiero ni oírlo. ¡Claro que me molestaría! ¡Ya lo creo!

—¿Estás de acuerdo entonces, Alberto, con que la tierra en la que nacemos es como una madre para nosotros?

—¡Por supuesto!

—Y esta madre, naturalmente, tendrá derecho a nuestro cariño, ¿verdad?

—Pues claro.

—Y si alguien la insultase o quisiese adueñarse de ella, ¿quién tendría que defenderla?

—Sus hijos.

—¡Chico listo! ¿Ves cómo lo entiendes? Ahora tienes que saber que nuestra querida Florencia no es un mundo, sino más bien una especie de puntito en una gran extensión de tierra que se llama Italia y que es nuestra gloriosa y noble patria. Y, sin embargo, a esta pobre Italia, antes la querían poner de todos los colores...

—¿Quién, papá?

—¿Quién? ¡Ay mi pobre niño! Eso sería muy largo de explicar.

Muchísima gente que no tenía nada que ver con nosotros, pero que quería llegar aquí y hacerse los dueños y, por desgracia, casi lo consiguen. Así que, si Italia no quería en su casa a extraños, ¿a quién tenía que recurrir para que la apoyara y la defendiera?

—A los italianos.

—No tengo nada más que decir. Aquí tienes las razones de las guerras, y esto es por lo que el hijo de la Nunziatina se tuvo que hacer soldado[3]. Ahora dime, ¿ese joven hubiera hecho bien escondiéndose?

—La verdad es que no, habría sido un hijo desnaturalizado.

—Muy bien, Albertino.

—Señora Clotilde —exclamó de repente Marietta, que como todos los demás había escuchado con mucha atención las palabras del señor Angelo—, así que las guerras, cuando se declaran en defensa propia, no son

3 Referencia a la Tercera Guerra de Independencia italiana en 1866. El 19 de junio de ese año Italia le declaraba la guerra a Austria con el fin de hacerse con los territorios del Véneto y Trentino que aún se encontraban bajo control austriaco, de esta manera se pretendía culminar el proceso de unificación.

tan reprochables, entonces, ¿por qué antes ha hablado de ellas con tanta amargura?

—Porque si cada rey estuviera satisfecho con su propio Estado y cada ciudadano con su casita, no habría ninguna razón para pelear y viviríamos todos en amor y armonía. Pero, en cambio, no es así y hay que tener paciencia. Ojalá el Señor nos traiga días mejores.

Con estas y otras charlas sobre el mismo tema se había hecho tarde y, gracias a Dios, el pequeño Alberto se decidió a darme a Tonia que me llevó enseguida al gallinero. Mis hermanitos dormían tan a gusto, pero mamá no; esta, en cuanto me vio, dio un gran suspiro y se dispuso a hacerme preguntas sobre cómo había pasado el día, pero yo, que me caía de sueño, le rogué que tuviera paciencia hasta el día siguiente, que ya le contaría todo y me dormí plácidamente.

VIII

CAMBIO DE DUEÑOS

Los señores se quedaron algunas semanas y si hubo juerga lo dejo a la imaginación de los lectores. Lo cierto es que estos vivían en una casita aneja a la vivienda de los campesinos, pero como eran tan afables y buenos, no prestaban mucha atención a la etiqueta y a menudo se reunían todos juntos ahora a hacer una buena merienda, ahora a cenar alegremente. Me enteré de que Albertino, por orden de sus padres, había regalado a Marietta un vestidito de muselina de lana y un chal verdaderamente bonito.

Esos regalos, sin embargo, fueron mi desgracia; esperen a oír la razón.

Algunos días antes de la partida, los dos muchachos estaban paseando con Tonia por el camino de la granja y Marietta le decía al señorito:

—Alberto, usted se ha molestado mucho y no sé cómo devolverle tanta amabilidad. Si yo tuviera algo que pudiera gustarle, se lo daría de buena gana.

—De verdad —añadió Tonia— me sabe realmente mal ser tan pobre y no poder hacerle un regalito adecuado a su condición.

Alberto estuvo callado dos minutos; después sonriendo y dirigiéndome una mirada, de la cual no tardé mucho en captar el significado, dijo con una vocecilla melosa:

—Son más ricos de lo que creen, Marietta especialmente. Tiene un tesoro que le envidio pero que, por otra parte, no tendría nunca el valor de pedirle...

—Señor mío —respondió educadamente la señora—, lo que pertenece a mi niña es suyo...

—Por supuesto —añadió María—, pues estaría bueno que el señor Albertino se anduviera con formalidades con nosotros. Venga, dese prisa, dígame el nombre de este famoso tesoro.

—Adivina...

—No sabría... ¿quizás la cestita de margaritas que tengo en la cómoda?

—No.

—¿El canario disecado?

—No.

—El carrito de cuatro ruedas que me regaló el tío Giampaolo por Corpus Christi?

—Tampoco.

—¿Entonces? No me tenga más intrigada, señor Albertino, dígamelo.

—Pues bien, ya que insistes, seré franco. Lo que desearía tener sería... el pollito... el tuyo, que has criado tan bien...

Hubo un minuto de silencio. Tonia echó una mirada expresiva a la hija que, pobrecita, se había quedado blanca como la nieve; no obstante, se armó de valor y respondió con educación al señorito:

—¿Por qué ha tardado tanto en decírmelo, señor Alberto? Seguro, no se ha equivocado suponiendo que quiera al pollito muchísimo, imagine, lo he tenido siempre yo, lo he criado a pedacitos de pan; pero esto no quiere decir nada, de hecho, estoy contenta de verme privada de él para que se vaya con usted.

—Pobre María, pero yo no puedo permitirlo...

—¿Pero por qué, alma de cántaro? Perdone, ¿acaso es que a las personas queridas se les da solo las cosas que no le gustan a uno?¡Estaría bueno! Estoy ya convencida de que el pollito saldrá ganando con este cambio, de nuestra casa a la suya hay una gran diferencia. Además, usted es tan bueno, tan cariñoso, que espero que cuide bien a mi pollito...

—Puedes estar segura —respondió muy contento el señorito—; Marietta mía, de veras que no sé cómo agradecértelo, y también a usted, Tonia...

—Ya, ya —respondió completamente confundida la buena campesina—, ¿le parece que son cosas de las que haya que hablar tanto?

En ese instante se oyó la límpida voz de la señora Clotilde que llamaba a Alberto para que fuera a vestirse para el paseo. Yo me quedé solo con mis dueñas, con esas dos buenas criaturas que estaba a punto de dejar y que quizás, ¡ay de mí!, no volvería a verlas nunca. Las dos tenían la mirada perdida que era una pena verlas.

María me cogió entre las manos y acercándose al gallinero, en cuyos alrededores era fácil encontrar siempre a mamá, me besaba una y otra vez llorando.

—Pobrecito —me decía en voz baja—, ve a pasar estos últimos días con mamá y tus hermanitos, seguro que vas a estar mejor y, en comparación con ellos, te convertirás en un señor, pero no te envanezcas, acuérdate siempre de este pobre lugar donde has nacido y crecido y también de tu dueña que te ha querido tanto y tan bien.

En ese momento, sentí que explotaba de dolor y nadie sabe lo que hubiera pagado por ser un niño y poder decir todo lo que tenía en el corazón. ¡Pero qué le vas a hacer! Nosotros los animales estamos condenados, para bien y para mal, a estar siempre callados y todo lo que pude hacer fue piar de modo compasivo.

María me dejó con mamá que estaba tranquilamente picoteando un cesto de escarola, ¡pobre mamá! No se esperaba para nada la noticia que estaba a punto de darle.

Además, ¿quieren que les diga algo, queridos niños? Prometí desde el principio de esta historia ser sincero y, pase lo que pase, lo seré. Cuando se hace una promesa, hay que mantenerla a toda costa.

Así que tienen que saber en medio del dolor por tener que dejar a mi familia, a Marietta y ese querido lugar donde había nacido, sentía también una gran satisfacción por cambiar de vida. ¡Y qué cambio era el que me esperaba! Del campo a la ciudad, de una casa de campesinos al palacio de un señor, y de un caserón rústico y desangelado a un gallinero elegante y espacioso. ¿Y qué decir de la satisfacción de convertirme en un señor y de poder mirar con condescendencia a todos los pollos del campo? ¿Y el placer de venir de vez en cuando a saludar a mamá y hacerlo con un lenguaje más selecto y cuidado debía serme indiferente? Era más de lo que necesitaba para que a un pobre animalito inexperto como yo se le pasaran mil cosas por la cabeza.

Di la gran noticia a mamá temblando, balbuceando y haciendo grandes esfuerzos para esconder mi interna satisfacción. Pero esta, pobre de mí, se percató: ¿y de qué no se percatan las madres? Agachó la cabeza, cacareó un par de veces con aire dubitativo y después de haberme mirado bien a los ojos, como si hubiera querido leerme dentro, exclamó:

—Así que nos dejas, querido hijito. Imagínate mi disgusto y el de tus hermanitos. Es verdad que el señor Albertino es un buen niño y te querrá, pero entenderás que un señorito como él no podrá pasarse todo el santo día contigo, como hacía nuestra Marietta. Además, ya no tendrás a mamá, a los amigos...

—Espero que nos volvamos a ver pronto —respondí emocionado—, las montañas están quietas y los hombres caminan.

—Pero para los pollos es distinto, pequeñín mío. Nosotros, por lo general, y cuando no estamos destinados a servir de alimento para los hombres, crecemos y morimos en el lugar donde hemos nacido. ¿Quién quieres que se tome la molestia de llevar por ahí un gallo o una

gallina de viaje como se haría con un perrito? No quiero hacerme ilusiones, hijo mío, te pierdo y es para siempre.

Y en este punto la pobre gallina se puso a llorar a moco tendido.

—¡Venga, mamá! —exclamé con un hilo de voz—, anímese, piense que voy a la ciudad, a una buena casa, entre señores, los cuales no permitirán que me falte de nada... Piénselo...

—¿Sabes en qué pienso? ¿Eh? —interrumpió mi madre triste—. Pienso que no te parece real el hecho de cambiar de condición y que el dolor que sientes al separarte de nosotros no es tanto como quieres darme a entender.

Me había pillado. No tuve el valor de negárselo, me conformé con bajar la cabeza como ofendido. Pero mamá no era gallina de dejarse amilanar por nada y acercándome a ella me dijo:

—Sí, hijo mío, la idea de convertirte en un señorito te ha trastornado un poco y lo siento de corazón, porque preveo cuánto vas a sufrir cuando las vicisitudes de la nueva vida al contrario de ser felices te obliguen a abrir

los ojos y ver la realidad. Yo, por otra parte, quiero hablarte desde la sinceridad y la experiencia y para que no te resulte demasiado serio recurriré a un cuento que considero muy adecuado a las circunstancias actuales. Escucha:

«El ratón de ciudad fue al campo a ver al ratón campesino y juntos hicieron una gran fiesta. El del campo invitó al de ciudad a comer con él poniéndole delante todo tipo de manjares que ofrece el campo y estuvieron juntos tan felices y seguros. Cuando terminaron de comer, el ratón de ciudad pidió amablemente al campesino que lo acompañara a la ciudad y este aceptó de buen grado. Ya en la ciudad lo invitó a una despensa donde ya había estado alguna vez. Le puso delante carne, harina y todo tipo de viandas pidiéndole que cogiera lo que gustase. Y mientras estaban alegremente comiendo, el dueño de la casa comenzó a abrir la puerta, ante el ruido de la llave en la cerradura el ratón de ciudad, temiendo la muerte, escapó rápidamente sin preocuparse del infeliz invitado. Entonces, el ratón campesino, viéndose abandonado, se refugió en un rincón y del miedo que pasó le salieron canas en las patillas y le dio mucha fiebre. Una vez que el dueño de la despensa se hubo marchado, el ratón de

ciudad salió y viéndose superviviente llamó al amigo con gran alegría y lo reconfortaba y lo tranquilizaba con estas palabras:

—El peligro ha pasado, anímate, querido hermano, y prueba este plato de miel y fruta.

Pero el ratón de campo respondió:

—En esta dulzura se esconde un veneno amargo: yo prefiero comer mis habas secas en santa paz antes que tus apetitosas viandas estremecido de miedo; tú que estás acostumbrado y no te molesta la perturbación mental, alégrate de estas riquezas, pero en lo que a mí respecta, estoy contento en mi campo y convencido de no volver a abandonarlo».

—¿Qué te parece, hijo mío, esta historieta?

—Digo, mamá —respondí entonces—, que el pobre ratón de campo quizás tenía razón, pero no tiene por qué suceder lo mismo a todos los que mejoran su condición.

—Dios lo quiera, hijo mío, y que nunca tengas que añorar nuestra humilde pero reposada y tranquila vida.

Así terminó nuestra conversación.

Finalmente llegó el momento de mi marcha, pero en ese instante, cuando vi las lágrimas de angustia de mi madre, el rostro pálido y doliente de mi querida Marietta, las tierras y la casa, dorados por la luz del sol que se ponía, cuando escuché el desesperado piar de mis hermanitos, el ladrido del viejo perro y el alegre canto de los pajaritos que se disponían a descansar, sentí una pesadumbre, un desasosiego y unas ganas tan intensas de llorar que tuve que hacer de tripas corazón para que mis dueños no me vieran.

Intercambié un último beso con mamá, una caricia con Marietta y, conducido por Albertino, me dirigí hacia la entrada de la granja, donde estaba quieta desde hacía un rato una carroza con dos caballos.

El señor Angelo y la señora Clotilde, después de haberse despedido cariñosamente de los buenos campesinos, se subieron; Alberto hizo lo mismo y yo, que estaba en el suelo, esperaba que me cogieran cuando asomó por un sendero Giampaolo con una gran jaula en la mano que había servido en otras ocasiones para que empollaran las palomas.

—Señor Albertino, aquí tiene la jaula que me había pedido —dijo este sonriendo; e inclinándose hacia mí, me cogió y me encerró, y encarcelado de ese modo me entregó a Alberto, que, después de pedir permiso a sus padres, me colocó en el asiento de la carroza junto a él. Después de pocos minutos el vehículo partió velozmente.

Imagínense mis lectores cómo estaba y qué pensamientos se me pasaban por la cabeza. Acababa de dejar la casita donde había nacido y ya había perdido el más querido y preciado de los bienes: ¡la libertad! Intenté en vano alargar el cuello y sacar la cabeza a través de los barrotes de la jaula para ver por última vez los lugares donde había nacido y crecido, pero ¡pobre de mí!, la carroza corría veloz como el viento y veía desaparecer ante mí, sin tener tiempo para verlos bien, las tierras, los árboles y los montes.

—¡Dios mío! —dije para mí mismo—. ¿Qué será ahora de mi felicidad? Pobre ratón campesino, mira que no se equivocaba tanto.

Durante todo el camino no hice otra cosa que suspirar, por suerte el señor Albertino no se dio cuenta, ya que iba ocupado hablando con sus padres. De vez en cuando,

no obstante, me miraba y me metía en la boca pequeños trocitos de galletitas, de las que, por lo que parecía, debía tener los bolsillos llenos. Pero necesitaba algo más que dulces para consolarme. Pensaba todo el tiempo en mamá y cuando un hijo piensa en su mamá que está lejos y que quizás está llorando, ¿cómo va a pensar en golosinas?

Cuando llegamos a la casa ya era noche; bajé con mi nuevo dueño a una antesala iluminada y me entregó a una señora vestida completamente de negro que junto a dos sirvientes estaba en la puerta para recibirnos o, mejor dicho, para recibir a los señores Dalvi.

Esta, después de haber consultado a la señora Clotilde que me miraba sonriendo (Alberto se caía de sueño), me llevó a una pequeña habitación oscura y cuando me hubo tirado en cualquier sitio como si fuera un traste se despidió de mí diciendo:

—Faltabas solo tú, granujilla, para montar jaleo y ensuciar la casa. Espero que el asador o el minino nos liberen pronto de tu presencia.

¡Qué angustia! Quería llorar y no podía, se me había puesto un nudo en la garganta, a decir verdad, mi vida

de señorito había empezado estupendamente. ¿Cómo se puede tirar sobre el suelo un pobre pollito forastero sin darle nada, ni un palito para posarse? ¡Ay, mi pobre madre! ¡Ay, la buena de Marietta!

No pude pegar ojo en toda aquella noche que me pareció eterna y si conseguía quedarme un poco traspuesto soñaba enseguida con gatos y asadores. En mi casa esto no me había sucedido nunca, dormía toda la noche como un lirón y mamá solía decir en broma que no me despertaría ni un disparo. Entonces ¿en la ciudad no se duerme en paz como en el campo? Ay, pobre de mí.

IX

VIDA NUEVA

Llegó la mañana, pero ningún rayo de sol entró entre las rendijas de mi prisión, los pájaros no gorjeaban alegres para saludar al nuevo día y el pollito exiliado esperó en vano el alegre cacareo de su mamá. ¡Pobre! Qué triste despertar fue aquel. En la habitación donde me habían confinado asomaba a duras penas por una ventanita entreabierta un hilo de luz, y para colmo de mi desdicha, busqué aquí y allá algo de comer y no conseguí encontrar nada, ni un grano de trigo o un poco de salvado.

—¿Tendrán intención de matarme de hambre? —me pregunté a mí mismo con horror y sintiendo como me corría por las venas un escalofrío de terror me refugié en un rincón y lloré.

Lloré por la flor de la alegre juventud que tal vez la malvada camarera se preparaba para arrancarme, lloré por los amaneceres de mi pueblo, los atardeceres luminosos, las briznas de hierba brillantes por el rocío,

el quiquiriquí de mis compañeros y finalmente por los abundantes desayunos y la vida despreocupada. Tanta felicidad no podía durar.

A menudo, cuando el sol brillaba resplandeciente en medio del horizonte y hombres y animales descansaban del duro trabajo bajo la fresca sombra de las hayas mi madre me llamaba y me decía:

—Hijo mío, mi querido y dulce hijito (¡qué nombres tan bonitos saben dar las mamás!), ahora la vida te sonríe y mires donde mires solo ves rostros de cariño, abundancia de alimentos y serenidad en el cielo. Si alguna vez por haber comido mucho o por cualquier enfermedad te ves obligado a estar en cama, tus hermanitos te harán compañía y mamá te velará siempre. Sin embargo, ¿crees que siempre va a ser así? Pequeñín mío, el tiempo vuela y se lleva con él los días más bellos. Crecerás y también pasarás penas y tendrás que sufrir las persecuciones de los gallos, las broncas de las gallinas y los caprichos de los dueños. Tendrás suerte si al menos, después de tantas penas y cuando te hayas ganado el derecho a una vida cómoda y tranquila, puedes huir de esa muerte violenta que la glotonería de los hombres reserva para nuestros

semejantes. ¡Hijo mío! A saber dónde irás, a saber en qué lugares te saludarán con nombres de esposo y padre; acuérdate siempre de mis palabras y piensa que es propio de buen gallo enfrentarte con coraje y resignación a los pesares que desgraciadamente te golpearán.

¡Ay de mí! Las previsiones de aquella pobre gallina parecía que se habían hecho realidad.

—Pero, seamos justos —me decía a mí mismo—, el paso del bien al mal ha sido un poco brusco, un poco precipitado, no he tenido tiempo de acostumbrarme. Ni persecuciones de gallos, ni broncas de gallinas. Habría sido una suerte que me hubieran tocado, al menos me habría salvado de lo otro, habría visto un poco de mundo... y una cosa lleva a la otra. Sin embargo, esta gente ha buscado la vía más rápida para deshacerse de mí, ni siquiera han pensado en retorcerme el pescuezo, tal vez, ¿quién sabe?, ver sangre es algo que no le gusta a ese armario de camarera y así, para evitar molestias, me preparan un final como el del conde Ugolino, que Dios tenga en su gloria.

En este punto sé que muchos lectores y lectoras quedarán ciertamente maravillados de mi erudición y más de uno le dirá al compañero:

—¡Oh! ¿Quién es ese señor Ugolino y cómo es que el pollito está informado de cosas y acontecimientos que no conocemos ni siquiera nosotros?

—Ahí quería llegar, queridos niños: ¿qué quieren? Yo no soy un parlanchín, no soy distraído. Yo, cuando Marietta, que Dios la bendiga, leía en el huerto algunos pasajes que hacían llorar incluso al tío Giampaolo, que a decir verdad no es que fuera muy tierno, estaba muy atento y no me perdía una palabra del relato. Así aprendí muchas cosas entre las cuales está esta de Ugolino que, por lo que parece, era un señor de Pisa de una buena familia.

Un día (todos tenemos días malos) el pobre conde perdió la brújula y preparó una buena.

Los que mandaban entonces no atendieron las razones, lo encerraron, justo como a mí, en una pequeña habitación, lo tuvieron a dieta absoluta y después, si te he visto no me acuerdo.

Atormentado por esos pensamientos que, como ven, no tenían un mínimo de sentido común, estaba a punto de entregarme a la desesperación cuando la puertecita de la prisión se abrió y Albertino, como un rayo de sol, apareció en el umbral arrastrando un carrito lleno de soldaditos, de madera, se entiende. Me dio alegremente los buenos días echándome a los pies un montón de manjares: trocitos de pan, granos de arroz y una decena de piñones estupendos y pelados.

—¡Querido señorito! —dije para mí con gran consuelo y sin perderme en cumplidos me puse a devorarlo todo.

Terminada la importante tarea, alcé la mirada y vi que el dueño me hacía señales para que lo siguiera. No tuvo que decírmelo dos veces, atravesé, detrás de él, primero una gran cocina llena de todo tipo de manjares y luego una serie de habitación con alfombra y todas con adornos dorados brillantes. ¡Qué diferencia entre la humilde casa de Marietta y la del señor Alberto! ¡Qué bien se tenía que vivir en ese buen palacio y rodeado de tantas delicias! El lector juzgará.

Llegamos al huerto, pero no se parecía en nada a lo que había visto hasta ahora, quizás, ¡quién sabe!, ni

siquiera era un huerto; me enteré después de que a ese pequeño paraíso lo llamaban jardín. No había árboles frutales, ni viñas, ni trigo; no estaba dividido en los típicos cuadrados donde, por lo demás, los campesinos solían plantar alcachofas, judías, lechugas, coles y otras hierbas aromáticas como el perejil, el apio, el tomillo o la menta. Sin embargo, allí el terreno, todo cubierto de florecillas blancas, rojas, celestes y naranjas, ofrecía una vista mil veces más bella. Había infinidad de pequeños senderos de finísima grava y flanqueados por arbolitos cortados caprichosamente o por magníficos rosales plagados de rosas de Provenza. ¡Qué belleza! Después había algunos prados redondos, de un verde que enamoraba a la vista y que estaban rodeados de bancos blancos de mármol y de frondosas plantas de limones; justamente en el medio se levantaba una estatua de mármol y una pila de agua límpida donde jugueteaban cientos de pececillos rojos. A veces se alzaban en lontananza muchas montañas pequeñas con algunas grutas falsas que parecían excavadas en la roca, dentro de las grutas, con la cara fuera y en actitud amenazante había algunas bestias imponentes que nunca había visto y que parecían de carne y hueso como yo; eran tigres, leones y lobos por suerte de madera pintada.

Yo paseaba detrás de mi dueño que miraba todas esas maravillas con indiferencia; seguro que él estaba habituado. Yo no. No me cansaba de mirar.

Pero mi sorpresa debía aumentar aún más, a medida que nos acercábamos a una especie de quiosco completamente dorado y cerrado por fuera con una tupida red de malla metálica, oía salir de allí un murmullo y un *pí-pí-pí* tan animado, tan variado que no lograba comprender. Por una parte, me parecían pajarillos, por otra no; los pájaros, me decía a mí mismo, están en los árboles y vuelan al aire libre, ¿quién podría ser tan malvado como para divertirse encerrando a centenares de esos pobres animalitos?

Porque si todo ese alboroto lo montan ellos menos de cien no podían ser. No me equivocaba. Cuando estuvimos a dos pasos del quiosco, que no era otra cosa que una gran pajarera, el señorito me tomó en sus brazos para que viera mejor, y lo vi. ¡Oh, niños! Imaginen una multitud de pajaritos de todos los colores, de todas las especies, de todos los países. Estaba el canario de plumas amarillas y pico rosa; el pinzón marino, tan gracioso con su pecho rojo y la cabecita de terciopelo negro; el jilguero

con las alitas manchadas de amarillo, el verderón que, aunque pequeñísimo, es muy valiente; el paro carbonero con un penacho prepotente; la alegre alondra del campo; el ruiseñor de canto melancólico y el petirrojo cuyo cuerpo elegante nunca está quieto.

—¿Ves? Mi hermoso gallito —me decía mientras Alberto con su voz dulce—, estos animalitos son más desgraciados que tú; al menos tú puedes ir a dónde quieras y si tienes ganas de una brizna de hierba o de una semilla, nadie se opondrá a tus deseos: pero ellos, pobrecitos, no pueden; no solo han tenido que dejar a su mamá como tú, al papá y al resto de la familia, sino también los espacios infinitos del cielo azul, las copas floridas de los árboles y los bosques verdes. Y aquí están ahora, encerrados para siempre en esta gran jaula desde la que jamás podrán volver a sus pueblos o a sus nidos. ¡Pobres animalitos! Si dependiese de mí, los dejaría libres. Pero ¿cómo hago? Estas criaturitas son propiedad de mi padre, gallito mío; ha gastado mucho dinero y no le gustaría deshacerse de ellas. Yo también, cuando sea mayor, compraré pajaritos, pero para dejarlos libres, y el placer que siente papá al tenerlos en una jaula, yo lo

sentiré al verlos volver a volar hacia ese cielo para el que han nacido.

Estaba muy atento a esas palabras cuando llegó la señora Clotilde que llevaba de la mano a un despierto y simpático chiquillo. Era un tal Guido Sani, amigo de Alberto, que venía de vez en cuando a visitarlo.

—Alberto —dijo la madre—, Guido ha venido a estar un poco con nosotros, pero espero que no pasen todo el día jugando y diciendo bobadas; me gustaría que se pusieran a leer algún libro didáctico o a estudiar un poco, así las horas se les pasarán antes y retomarán con más entusiasmo la diversión y los juegos, ¿de acuerdo?

Alberto respondió con una sonrisa un tanto forzada, pero Guido, acariciando las manos de la señora, dijo:

—Tiene mucha razón, querida señora Clotilde, pero ¿qué quiere? Alberto y yo nos aburriremos estudiando solos, oiga, usted que es tan buena y amable, ¿no podría quedarse con nosotros aquí, con este espléndido sol, y contarnos algo interesante? ¿Ve? Mi maestro me ha puesto de deberes para las próximas vacaciones una especie de estudio sobre algunos de estos graciosos habitantes

del aire (y señaló los pájaros): tengo que hablar de sus costumbres, de sus instintos y de muchos otros detalles. Esta lección me parece un poco difícil y, aunque mis hermanas mayores han puesto a mi disposición todos sus libros, preveo que no saldré de esta con honor. ¿Quiere hacerme un favor? Cuénteme algo a propósito, apuesto a que aprendo cien veces más con usted, que está muy preparada, que con todos los libros del mundo...

—Ay, Guido, esas cosas no se dicen.

—Además, ahora que me acuerdo, el señor maestro nos ha prohibido mirar los libros; tendrá miedo de que copiemos, así que ¿quiere complacerme, señora Clotilde?

Y el muchachito embaucador inclinaba la rubia cabecita con un cierto aire suplicante que encandilaba a cualquiera.

—¡Zalamero! —respondió riendo la señora—. ¿Cómo te voy a decir que no? Haré lo que me pides, como mejor pueda, pero, mi niño, yo no soy una experta...

—¡Oh, estará bien!

—Entonces, colocen las sillas junto a la pajarera y en un momento estoy con ustedes, voy a ordenar que nos traigan la merienda al jardín.

—Mira, Guido —dijo mi dueño a su amigo—, ¿has visto alguna vez algo más lindo que este pollito?

Y señaló con la mano a esa personita que mis lectores conocen ya desde hace un rato.

—Muy lindo, la verdad. ¿Cómo lo has conseguido?

—Me lo regaló ayer Marietta, la hija de nuestros campesinos en Vespignano.

—Es muy gracioso y parece que te tiene cariño. Desde que estoy aquí no se ha separado de tus pies.

—Ya, es más fiel que un gorrión, mira lo atento que está. Es como si entendiera lo que decimos.

Guido me cogió y me acarició amablemente. La señora Clotilde volvió con su labor de bordado en la mano y se sentó junto a los niños. Yo picoteaba aquí y allá sin alejarme de ellos, el cielo estaba sereno, el aire

perfumado, los pajarillos cantaban sin cesar y por todas partes se respiraba paz. ¡Lástima que mi madre estuviera tan lejos!

X

NOTICIAS DE ALGUNOS FAMILIARES

—¿Por cuál comienzo? —preguntó la señora sonriendo.

—Por ese de ahí —respondió Alberto señalando a un pajarillo más pequeño que un dedo pulgar y con unas alitas que brillaban al sol como rubíes.

—Pobrecillo —dijo la señora Clotilde con melancolía—, ese no destacará mucho, verán, se lo regalaron a mi marido hace unos quince días y en todo este tiempo no ha entablado amistad con sus compañeros, está ahí solo en un rincón pensando tal vez en las verdes mesetas de su país, en las flores de grandes cálices y los ardientes rayos de sol; este hermoso animalito se llama pájaro mosca, probablemente por su tamaño, vive en lugares cálidos: las especies más famosas de colibrí son el topacio, el granate, el collar verde, el cornudito, el rubí, el amatista, este es de la especie del rubí; ¡ven cómo brillan sus plumas! Parecen muchas piedras preciosas. Vuelan de

flor en flor y con su zumbido es como si quisieran provocar un sueño beneficioso y reparador a los habitantes de esas cálidas regiones. Son tan ligeros, vuelan tan rápido y son tan pequeños que el ojo no puede seguir el veloz movimiento de sus alitas despidiendo destellos; cuando están en el aire parecen completamente inmóviles, es como si estuvieran suspendidos gracias a hilos invisibles. Su nido es muy bonito. Ocupa como medio huevo de gallina, el macho lleva todo lo necesario para fabricarlo y la hembra, como una mujercita de su casa, acomoda y dispone todo en orden. Este simpático hogar puede estar suspendido en una hoja, en una ramita y a menudo también en una simple brizna de paja que sobresalga del techo de una cabaña. Las mujeres de sus países de origen se hacen adornos con sus plumas: collares, pulseras y pendientes; algunos pueblos que se han convertido a nuestra religión las preparan para hacer con ellas figuritas de ángeles o de santos. También hay quien las usa para hacer cuadros que resultan llenos de frescura y esplendor. Estas hermosas criaturitas, sin embargo, no pueden estar mucho tiempo encerradas, no porque no sean amorosas y buenas, sino porque su naturaleza delicada y al mismo tiempo vivaracha no puede adaptarse al reducido espacio

de una jaula. Normalmente mueren después de algunos meses, aunque se les colme de cuidados.

—Tú también morirás, pobre inocente animalito —dijo Alberto con un tono cargado de compasión dirigiéndose al pequeño prisionero que lo miraba con sus ojitos negros grandes como margaritas.

—¿Los he aburrido, niños? —preguntó la señora Clotilde.

—¡Pues claro! —respondió bromeando Guido—. Como prueba evidente, le ruego que nos hable ahora mismo de otro pajarito.

—Muy bien, hablaremos entonces de ese señorito o señorita que está ahora mismo picoteando el piñón que le ha tirado Alberto. Es un paro carbonero. Mírenlo bien ¡qué descarado! Es todo fuego y la competencia de la lechuza que, además, es su mortal enemiga. ¡Pobre lechuza! No me gustaría estar en su piel. Por la noche, cuando el pobre animal nos entristece con su monótono canto, ¿qué hace el paro? Reúne una especie de ejército formado por pajaritos más pequeños que él y arremeten contra el tirano nocturno que no puede hacer otra cosa

que batirse en retirada si no quiere morir fulminado por los golpes.

—Mamá —interrumpió entonces Alberto—, ¿es verdad que cuando la lechuza va a cantar sobre el tejado es señal de que alguien de esa casa, aunque goce de una salud estupenda, va a morir de un día para otro?

—¿Pero tú te lo crees, mi niño? Estas cosas no las tienes ni que preguntar, no es propio de ti, son las personas ignorantes y supersticiosas las que creen en estas tonterías. ¡Pobres lechuzas! ¿Cómo quieres que adivinen si alguien que come y bebe alegremente morirá al cabo de tres días después de caerse de una escalera? Pues estaría bueno.

—Pero dicen que las lechuzas, y con ellas otros animales de rapiña, perciben el olor de la carne en descomposición...

—Será así, pero tú eres muy listo para no creer a la primera de cambio que, si el cuerpo de un pobre diablo se disuelve, no es necesaria la señora lechuza para que los que viven con él, el médico e incluso el pobre enfermo lo sepan; supongo que el doctor no dejará que se le anticipe

el ave... perdería su dignidad como profesional. En resumen, la lechuza podrá confirmar con su triste vista un hecho ya sabido, pero traer mal augurio no. Volvamos al carbonero. Los que se ocupan de naturaleza lo han apodado «móvil perpetuo» porque no hay manera de que esté dos minutos quieto; desde la mañana a la noche va y viene continuamente por las ramas de los árboles buscando comida y cuando esta se hace desear un poco emprende una caza de otro tipo; se cuelga de las ramas con las patitas hacia arriba y atrapa todos los insectos que tienen la desgracia de pasar en ese momento bajo las hojas. Tiene buen carácter y quiere mucho a sus crías, no es glotón, come de todo y coge cariño a sus semejantes. Es una lástima que entre todas esas cualidades haya una fea, pero que muy fea, se los voy a decir: cuando el carbonero se topa con un pobre pájaro enfermo en vez de socorrerlo ¿saben qué hace? Lo mata y se come su cerebro.

—¡Oh, qué malo! —exclamaron al mismo tiempo los dos muchachos.

—¿Saben quién es realmente un buen pájaro? —continuó la señora Clotilde—: la alondra. De aspecto se asemeja un poco al pájaro carbonero, pero difiere

completamente en sus hábitos. El carbonero es el símbolo de la guerra; la alondra, el de la paz: construye su nido en un surco, entre dos bloques de tierra, y sabe esconderlo magistralmente de los ataques de sus enemigos. Es muy útil a los campesinos por el exterminio que hace a diario de los gusanos, en cuanto amanece comienza a lanzar al aire sus alegres notas llamando al agricultor a iniciar su jornada.

—Y los jilgueros, mamá, ¿qué pájaros son? —interrumpió Alberto señalando uno de esos animalitos con una mancha roja y el lomo oscuro.

—Los jilgueros son pajaritos graciosos y muy pacíficos, se conocen también como cardelina y toman su nombre de la predilección que tienen por las semillas del cardo. Tienen una voz muy bella y son muy dulces. ¡Muy lindos! He visto algunos amaestrados por sus dueños que llevan a cabo varios juegos: llevan pequeños cubitos que contienen su comida y su bebida, prenden fuego a la mecha de un cañón del tamaño de un dedo meñique, se hacen los muertos y otros jueguecitos similares.

Mientras la señora Clotilde contaba todo esto yo, un poco aburrido de estar quieto, me había movido

despacito, despacito y sin que nadie se diera cuenta me había metido en una especie de bosquecito que era como un paraíso, pero no me quedé ahí y seguí paseando por el jardín, un poco sin rumbo, un poco concentrado en volver a ver todo otra vez.

Sin embargo, mi cabeza estaba siempre pensando en mis buenos amigos de Vespignano: me parecía que hacía mil años que no los veía y no habían pasado ni veinticuatro horas.

Caminando, caminando me encontré ante una puerta con cristales pintados un poco entornada. Daba a una habitación alegre, pintada de celeste y con las paredes cubiertas de libros y dibujos. En un lado vi un elegante escritorio con todo lo necesario para estudiar: plumas, lápices, papel, lacre. En otro, una pequeña mesa camilla llena de lanas, cintas, algodón y otros objetos necesarios para trabajar.

—Creo que esta es la habitación donde está la señora —dije; y de pie en el escalón estuve dos minutos sin saber si debía volver a entrar en el santuario.

El instinto vagabundo y la curiosidad que también sentimos nosotros los pollitos vencieron y de un salto ligero que nada tenía que envidiar al de un niño experto en gimnasia, me encontré dentro de la habitación donde podía tranquilamente admirar los más menudos y graciosos detalles. De allí entré al dormitorio, sin poner demasiada atención a un cierto ruido que periódicamente se repetía. ¿Saben qué era? Un perrito pequeño, un cachorro, estaba bajo la cama poniendo a prueba sus dientecitos con una bota de raso turco. Lo vi a través del encaje del edredón y retrocedí prudentemente, con esos animales no se sabe nunca lo que puede suceder. Intenté volver por la puerta por la que había entrado cuando un nuevo invasor entró de un salto en la habitación. Era nada menos que el gato de la casa, un gatito blanco, pequeño, puro nervio. No había manera de salir sin exponerme a gravísimos peligros. Me escondí sin respirar detrás de un sillón y me quedé observando. El corazón me palpitaba muy rápido, probablemente como les palpita a ustedes, niños, cuando van a clase sin haber hecho los deberes.

El gatito, brincando, se metió bajo la cama; y dejo a la imaginación de los lectores la batalla que se preparó entre esos dos campeones. Ya se sabe, cuando se habla de dos

personas que no se llevan bien se dice comúnmente que se llevan como el perro y el gato. Y nuestros animalitos, no lo duden, no, hicieron honor al proverbio. ¡Qué demonios! Hubo unos gruñidos, unos bufidos que no se pueden describir, la bota la mandaban de Herodes a Pilatos[4], tan pronto la tenía el gato como tan pronto se lanzaba encima el perro y con rápido mordisco le obligaba a soltar su presa; el gato, enfadado, estiraba la cola, resoplaba y con las patitas levantadas volvía a la carga. En definitiva, era un poema, lo que me habría divertido si el miedo no me hubiera helado la poca sangre contenida en mi pobre cuerpecillo. De repente, el gatito sale precipitadamente de debajo de la cama y salta sobre una banqueta situada junto a un tocador, el perro no se lo piensa, va detrás de él y se lanza sobre la banqueta, el gato bufa y en un abrir y cerrar de ojos se coloca sobre el marco del espejo, que estaba sobre el tocador, el perro no se da por vencido y ladrando con furia intenta atraparlo, el gato, entonces, asustado de verdad, salta al espejo, y el espejo, golpeado con demasiada violencia, cae ruidosamente en medio de la habitación arrastrando

4 Expresión coloquial antigua que tiene su origen en el momento narrado en la Biblia en el que Herodes manda a Jesús a ser juzgado por Pilatos. Se utiliza para explicar el paso de una situación mala a otra peor, y también puede significar ir de un sitio a otro sin encontrar una solución.

consigo un montón de frasquitos, botecitos y cepillos. Con el estrépito, el perro ladra más fuerte que nunca, el gato se larga precipitadamente por la ventana y yo estaba a punto de hacer lo mismo cuando en el umbral de la habitación, armada con una pequeña escoba de mango corto, apareció la famosa mujer vestida de negro, la misma que la noche anterior me había acogido de modo tan poco amable.

Tuve la tremenda suerte de huir de sus miradas penetrantes a tiempo, pero no el perro que, pobrecito, se llevó, por medio de algunos escobazos propinados por la extremadamente diligente sirvienta, los golpes del gato y los suyos. Dos horas después de esta tragedia y cuando el sol empezaba ya a caer yo merodeaba pensativo por el jardín.

Las bellezas que me habían impresionado por la mañana me parecían ahora frías y marchitas y, más que asientos de mármol y flores de caprichosos colores, me habría gustado ver la humilde casita de Marietta, la granja y los grandes árboles frondosos agitándose con la brisa de la tarde.

El señorito estudiaba al piano y la señora Clotilde lo acompañaba con gorgoritos y cantos tan límpidos y sonoros que no tendrían nada que envidiar a los de un canario; a lo lejos, las campanas de Santa Croce sonaban sin parar y por la calle que franqueaba el jardín no dejaban de pasar carrozas y caballos; todo esto formaba un conjunto muy agradable, pero el pobre pollito, cuyo primer contacto con la vida señorial había sido más que suficiente para curarlo de su tonta vanidad, antes que ese bullicio preferiría las melancólicas cantinelas de Tonia, el cacareo de mamá y el mugido de los bueyes que, cansados del trabajo, volvían lentamente al establo.

Con estos pensamientos, entretanto me había acercado a una de las pilas del jardín en las que, como había visto poco antes, jugueteaban con brío mil pececillos de vivos colores. Me tomé el placer de admirarlos tranquilamente y me acerqué a la barandilla de hierro tan magistralmente labrada pero cuyos vanos eran lo bastante anchos como para poder pasar y, por lo tanto, caerse al agua, alguien de mi complexión. Así que manteniéndome a una distancia prudente me quedé mirando los ágiles animalitos que se perseguían y se deslizaban rápidos por la superficie; de pronto, por mi mala ventura, me

apareció ante los ojos, y precisamente en compañía de los pececillos, el desgraciado pollito que era invitado de Marietta, del que el lector seguro que se acordará, que se divertía imitándome detrás de la lámina de cristal que la avispada de mi dueña me ponía delante. El bribón, por lo que parece, me había seguido también a la ciudad y, lo que es aún más extraño, se había instalado en un lugar que, según mi limitado conocimiento del mundo, no había servido nunca de refugio a ningún pollito.

—¡Eh! —me dije—. ¿Cómo es que el gracioso señorito está ahí dentro? ¿Quién lo ha puesto ahí? ¿Cómo se las arregla para vivir? Y alargaba el cuello para verlo mejor; sin embargo, el juguetón, según su malvada costumbre, repitió el mismo acto, pero con un cierto estilo maligno y petulante que daba rabia. Pero yo, al no contar ya con la presencia de la dueña para intimidarme y deseoso, por otra parte, de castigar el descaro del impertinente pollo, me acerqué a él, cada vez más decidido a darle un par de picotazos.

¡Pobre de mí! Al asomarme, me mareé, me fallaron las piernas y cuando creía que podría llevar a cabo mi ansiado deseo, caí al agua mientras mi enemigo desaparecía en el fondo de la pila.

¿Qué fue de mí en ese momento? ¿Y quién se acuerda? El chapuzón, el agua helada y el miedo a estar perdido me arrebataron todo sentimiento y si no hubiera pasado por allí por casualidad la sirvienta, esa a la que yo no podía ni ver por las razones que ya conoce el lector, de mí no se hubiera vuelto a saber nada más y los niños no hubieran podido leer nunca las *Memorias de un pollito*.

Pero aquella buena mujer (¡hay que ver cuántas veces juzgamos mal a las personas!) metió el brazo en el agua y me sacó chorreando. Pero aquí no terminaron los cuidados de la misericordiosa criatura, me llevó a la cocina y calentó una toalla en la que envolvió mi cuerpecito aterido; y, después de haberme obligado a tragar unas gotas de caldo tibio, me llevó glorioso y triunfante a una magnífica salita donde estaban comiendo mis dueños. Contó con pocas palabras el lamentable suceso y después de que los dos muchachos le dieran las gracias me posó en el suelo y con una reverencia salió de la habitación.

A Alberto y Guido les habría gustado retirarse de la mesa enseguida para venir a jugar conmigo, pero el señor Angelo no lo permitió y dijo que los niños bien educados permanecen en la mesa hasta que la comida

ha terminado o hasta que los padres le dan permiso para levantarse. Si hubiera podido, de buena gana le habría dado un beso al señor Angelo: ¡con lo bien que estaba allí quieto!

Mientras, la señora Clotilde, a raíz de las palabras del marido aprovechó para enseñar a los dos niños y especialmente a Alberto todo tipo de útiles advertencias sobre cómo estar a la mesa y cómo comer. Como las palabras de la buena señora se me quedaron grabadas, creo que debo decírselas, queridos niños, y si alguno de ustedes, después de leerlas, aprende un poco más de buenos modales consideraría que he hecho algo grande.

—Alberto —decía la buena mamá—, hay muchachos que van a comer con algunos dedos manchados de tinta y la cara tan sucia que da pena verlos. Los niños, igual que los adultos, tienen que sentarse a la mesa con las manos y la cara bien limpias, porque, de ese modo, además de dar esa buena impresión que causa siempre la pulcritud, es como una muestra de respeto a las personas que están en su compañía. También hay niños que ponen caras a la comida que les llevan a la mesa y empiezan: «esto no me gusta», «esto no lo quiero»... ¡Qué feo es hacer eso! Un

niño, cuando está sano, debe comer de todo y así crecerá lozano y robusto.

—Como Arturo, el hijo del portero —exclamó Alberto—, que tiene un rostro bien sonrosado. El otro día estaba en su casa comiendo una papilla con tomate que me revolvía el estómago.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Pues claro que sí —le respondió.

—¿Y no te gustaría más un buen risotto a la milanesa?

—Bueno, pero esta papilla también tiene su mérito, la ha hecho mamá —Y como si esa consideración le diera aún más valor a la papilla se la terminó en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Lo ves? —dijo riendo la señora Clotilde—. ¡Así son los niños!

—Mamá —exclamó Alberto con aire solemne—, propongo que mañana por la mañana me den también a mí para la merienda una papilla con tomate. La comeré

por ti y verás que tu Albertino no le va a la zaga a Arturo en querer a su madre.

—¡Muy bien! —dijo a su vez el señor Angelo así se vencen tantos tontos prejuicios.

Entonces Guido pidió más pan.

—¿Y la miga que tienes delante no te la comes? —le preguntó Alberto.

—¿La miga? —dijo Guido poniéndose rojo—. Nunca la como, se la doy al perro.

—¿Por qué?

—¡Anda! Porque no me gusta, ¿quieres que la coma a la fuerza?

—Estaría bien, querido Guido, que te acostumbraras —dijo dulcemente la señora Clotilde —; ¡si tú supieras cuántas pobres criaturas estarían felices de poder comer el pan que tú desprecias! Y puede ser que mientras tu perro calma su hambre, hay muchos pobres que no pueden hacerlo.

Guido calló mortificado y se comió la miga de pan. Así la comida llegó a su fin, después, los dos niños vinieron a entretenerse un rato conmigo. Pero ya era bastante tarde y además no me sentía muy bien, por eso me llevaron al jardín a una especie de caseta verde en la que no faltaba de nada de lo necesario para hacer feliz y plena la vida de uno como yo. Pero yo me acomodé allí de mala gana, ya que la vida de señorito, el lujo y las ricas comidas no podían, ahora lo veía claro, hacerme olvidar las caricias de mamá y la sonrisa de Marietta.

XI

¡ME ROBAN!

El tiempo pasó y mientras tuve que sufrir mil persecuciones del gato que no dejaba escapar ninguna ocasión para ponerse en mi contra y atormentarme. Menos mal que el perro normalmente me defendía, pero ¿qué pasaba? La mayoría de las veces, uno por maldad y el otro por exceso de celo me tiraban de aquí para allá y acababa todo dolorido por mucho tiempo. Cuando podía procuraba estar cerca de la señora o del señorito, pero estos también tenían que despachar sus asuntos o salían o recibían visitas o trabajaban y, en esos casos, entenderán que la presencia del pobre pollito hubiera sido inoportuna.

¿Qué hacía entonces? Me refugiaba en algún rincón solitario o paseaba por el jardín (obviamente lejos de las pilas) a merced de mis tristes pensamientos.

De comida no tenía ningún problema, gracias a las premuras de Alberto, que, a decir verdad, no me descuidó

ni un solo momento y mantuvo escrupulosamente las promesas hechas a mi dueña.

Mientras, había dejado de ser un pollito, ya que mis tres meses ya los había cumplido hacía un tiempo y me había hecho grandecito, espabilado y completamente desenvuelto. Además, había otra novedad. Ya no estaba solo. Se acercaba a pasos agigantados la Navidad y todos los conocidos del señor Angelo competían: había quien le mandaba un par de tórtolas, otro una pollastra para hacer un puchero, otros una par de capones e incluso hubo quien envió más de un pollo esmirriado de cresta prepotente. Habrían sido buenos días aquellos de no haber sido por la angustia de mis desventurados compañeros ante el miedo a la muerte. ¡Pobrecillos! Arrancados a la fuerza de sus familias y tirados allí de cualquier manera en casa de personas desconocidas, eran verdaderamente dignos de compasión. Especialmente uno, un pequeño capón jovencito al que el señor Alberto había puesto el nombre de Cocò, me conmovía, y no poco, su aspecto triste y pensativo. Se veía enseguida que ese pobrecito debía de haber sufrido mucho. Y no me engañaba. Había también un pollo que tenía siempre algo en la cabeza, buen chico ¿eh? Con sus historias, y siempre tenía alguna

nueva, nos tenía a todos contentos, a menudo y de buena gana conseguía hacer reír incluso al melancólico Cocò. De morir no hablaba y si alguno le instaba a dar su opinión sobre el tema respondía riendo:

—Morir hay que morir tarde o temprano; es un precio que hay que pagar y no estamos solos, ¿saben? También los hombres, con toda su soberbia, también ellos tienen miedo. De hecho, nosotros, seamos justos, tampoco es que suframos tanto. Un golpecito en el pescuezo y listo. Mientras que los hombres, pobres, son arrastrados a la muerte por enfermedades muchas veces muy largas que duran años: hay a quien le duele el pecho, a otros la cabeza, a otros los brazos, a otros las piernas, hasta los dientes. A nosotros, hay que estar de acuerdo, el buen Dios nos ha ahorrado estos males y normalmente llegamos al famoso golpe de gracia sanos y frescos como lechugas. Además, eso no es todo, los hombres cuando están muertos apestan como nunca y son tirados para su descomposición como burros o perros. A nosotros, en cambio, nos limpian, lavan y cocinan con esmero y nos llevan a la mesa con magníficas salsas y botellas llenas de buen vino.

—¡Sí! Pero nos comen —exclamó con tristeza un pichón seco y enjuto a quien se le había muerto pocos días antes la mujer.

—¿Nos comen? —continuó alegremente el pollo—. ¡Pues mejor! Señal de que somos buenos para algo incluso después de muertos y este es un privilegio del que los hombres no pueden presumir. Mejor dicho, espera, me equivoco, también a ellos se los comen.

—¿Quién?

—Los gusanos, sí señor, los gusanos. Ahora bien, que quede claro aquí entre nosotros, me parece mucho mejor ser mordisqueado por los blancos dientecitos de un muchacho que por esos animales asquerosos. Además, olvidaba algo más: ¡cuántos pobres enfermos se sienten mejor y se curan después de haber tomada una buena taza de caldo rico! Y este caldo es tan rico y sustancial gracias a nuestros cuerpecitos cocinados en una olla. Escuchen bien, si con mi muerte puedo alargar los días de una pobre anciana o procurar un poco de alivio a un enfermo, creo que moriría ahora mismo de buena gana.

—¡Muy bien! Estos sentimientos te honran —exclamó Cocò—, pero si tu muerte, sin embargo, solo sirviera para satisfacer la gula, y digo la gula, de un sinvergüenza cualquiera, ¿morirías con la misma resignación?

—No, por supuesto, pero no me desanimaría y pensaría que gracias a mí ese sinvergüenza pasaría un buen cuarto de hora. Perdona, ¿acaso no es bueno hacer el bien a todos, incluso a quien no lo merece?

—¡Qué buen muchacho! —exclamó Cocò conmovido—. ¡Si tú supieras cuánto bien me han hecho tus palabras! Es la primera vez desde la sucesión de desgracias que he pasado que encuentro consuelo en las palabras de mis semejantes.

—¡Oh, qué bien! Me alegra mucho haberte reconfortado un poco el ánimo. Amigos míos —continuó el pollo dirigiéndose a los presentes—, mi última dueña era una mujer gorda y fresca como una rosa, no se preocupaba por nada y si alguien le hablaba de la muerte respondía estas palabras exactas que siempre he tenido en la cabeza: «yo no tengo miedo a la muerte, porque mientras yo esté ella no vendrá y cuando ella venga yo me iré».

Una carcajada espontánea acogió las alegres palabras y durante ese día el buen humor reinó soberano en la conversación entre las aves. Pero para el pobre Cocò esto era solo instantes de alegría, instantes y nada más. El pobre Cocò tenía un gran peso en el corazón y si estaba contento un minuto o dos, se sumía después en una tristeza mil veces más intensa. Una tarde, me acordaré siempre de aquella tarde, faltaba poco para Navidad y en casa había habido todo el día un continuo ir y venir de gente. Llovía a cántaros y todos mis compañeros estaban muy tristes, los más gordos esperaban la muerte y los otros pensaban en su querida familia de la que habían sido bruscamente separados. El pobre Cocò estaba más triste que nunca. El pollo optimista había intentado animar la conversación en balde, y también en balde había intentado yo hacer reír a la tropa con algunas historietas, fue un esfuerzo inútil.

Finalmente, Cocò, no sé si emocionado por nuestra caritativa intención o incapaz de mantener oculto en su corazón por más tiempo el triste secreto de su melancolía se decidió a contárnoslo todo. Le rodeamos y después de haberse secado las lágrimas que le caían sobre el pico sin parar empezó:

«Amigos míos, hasta hace pocos meses yo era el pollito más feliz sobre la faz de la tierra. Tenía una mamá y una hermanita que me adoraban. De mis primeros dueños no sé nada, porque cuando nos regalaron al señor Biagio yo tenía pocos días de vida. Este señor Biagio, por lo que parecía, era un hombre de buena pasta, era abogado, un tipo de trabajo, por lo que he oído decir, en el que los hombres se desgañitan para defender a ladrones, asesinos y otras personitas similares. Eso era algo bueno porque si el señor Biagio ponía tanto entusiasmo para defender a esos malvados, ¿cómo podría hacer daño a pollos inocentes? ¿No les parece?».

Asentimos con la cabeza.

«Por lo demás —continuó el capón— era un hombre pacífico y puntual como nadie; se levantaba a su hora, a su hora volvía a casa y no había nada que lo retrasara ni un minuto. Caterina, así se llamaba la sirvienta, no hacía otra cosa que alabar al señor, ¡cómo no iba a hacerlo! ¿Quién se habría podido imaginar que bajo aquel rostro de luna llena y bajo esos modales campechanos se escondía un corazón de piedra? El señor Biagio nos quería a los tres pero su preferida era mamá y cuanto más se acercaba la

primavera, y por lo tanto el día de pascua, las atenciones que el abogado le dedicaba eran tantas que a mi hermanita y a mí nos parecía un poco exagerado, fíjense que mamá ya no comía grano y pan blando, eso era para nosotros, a ella Caterina, por orden del señor Biagio, se entiende, le daba buenas cucharadas de arroz cocido en leche, nueces para ella, almendras para ella; ¿se los digo o no? Se los contaré, para que entiendan el pérfido disimulo de él. Mamá, animada por esas zalamerías, se atrevía a coger con el pico directamente de la boca el piñón que el abogado le sujetaba entre los labios y la inocente gallina no tenía la más ligera sospecha de que bajo esos gestos se ocultase un misterio.

En esas, llegó la noche de la víspera de Pascua, noche alegre para todos los buenos cristianos, pero funesta para las gallinas, noche atroz, horribilísima. El abogado, antes de irse a la cama, con su gorrito blanco en la cabeza, las zapatillas de estar por casa en los pies y seguido por Caterina que sujetaba el candil en la mano, se acercó al corral donde estábamos los tres sin pensar, jamás de los jamases, lo que iba a suceder allí mismo. Mamá y mi hermana dormían plácidamente, yo fingía y aunque tenía la cabecita debajo del ala veía todo muy bien. El

abogado abrió el corral despacio, aferró a mamá que no sospechaba nada y cogiéndola por el cuello la estranguló por encontrarla… demasiado gorda. ¡Traidor! ¡Si la gordura era delito, hace mucho tiempo que deberían haberte estrangulado también a ti! Yo ardía, mi hermana, pobre inocente, seguía durmiendo. Pero cuando se despertó al amanecer y contempló el espectáculo de mamá privada de sus plumas y colgada del escurridor estuvo a punto de desmayarse, a punto de lanzarse al fuego (por suerte a esa hora estaba apagado), a punto de arrodillarse ante el gato de la casa y decirle:

—Tú que me has deseado tantas veces sin conseguirlo, cógeme ahora que es el momento.

Pero pensando después que no habría tenido que decírselo dos veces al gato y sospechándolo también culpable de la matanza de nuestra madre me dijo temblando:

—Deja que vuelva Caterina y verás lo que le digo. No tuve el valor de sacarla de su engaño, no pude decirle que la perversa criada se había hecho cómplice del asesinato alumbrando al señor y continué llorando quedamente. Mientras tanto, ¿saben qué hizo Caterina? Cogió un

cuchillo y destripó a la pobre muerta, parte de las vísceras se las tiró al gato que, agarrado a sus enaguas no hacía otra cosa que maullar, y parte las puso en la artesa. Entonces, como si no hubiera sido ya suficiente tortura, la hirió con más de cien golpes y en los agujeros metió trocitos de jamón y romero.

—Ya lo he entendido todo —me susurró al oído mi hermana—, Caterina, celosa de lo mucho que el señor quería a nuestra pobre madre la ha matado, deja que venga el señor Biagio y verás.

Estaba a punto de responderle para sacarla del error en el que había incurrido míseramente cuando entró en la cocina el abogado. No se horrorizó, no lloró, no arremetió contra la criada, sino que tomó un espetón, traspasó a la gallina que había sido su predilecta y, dispuesta con muchas hojas de salvia, la expuso sin ningún miramiento a las brasas ardientes del fuego. Yo me quedé como fulminado, jamás habría imaginado una crueldad tan exquisita. Mi hermana, pobrecita, perdió los estribos, abrió las alas, las agitó y después, dando los últimos estertores, expiró. El abogado, se inclinó, recogió el cadáver y dirigiéndose a Caterina exclamó:

—Ha muerto de muerte violenta, así que está sana; nos la comeremos mañana cocinada con guisantes.

Yo me desmayé».

El capón calló como derrotado por esos recuerdos dolorosos. Ninguno se atrevía a decirle nada por miedo a molestar aún más a esa alma desventurada. Pero el pollo optimista, que moriría antes que quedarse callado, se acercó con aire amigable a Cocò y ya estaba abriendo el pico para transmitirle vete tú a saber qué tipo de condolencias cuando sonaron pasos en la grava del jardín.

Los señores no eran, eso seguro, porque a esa hora estaban conversando alegremente junto al fuego, los criados tampoco, ya que estaban preparando la comida. ¿Entonces?

Nos pusimos unos junto a otros atemorizados, escuchando nerviosos los pasos de los visitantes nocturnos que se acercaban cada vez más. De repente unas manos rudas abrieron el corral y yo estaba a punto de gritar con todas mis fuerzas cuando un vivo resplandor nos cegó colmando todo.

Las mismas manos aprovecharon ese momento y cogieron cinco prisioneros, con sorprendente destreza desaparecieron de nuevo en la oscuridad del jardín. Lectores y lectoras, dejen un momento de leer, saquen un pañuelo y pónganse a llorar. Los visitantes nocturnos eran ladrones. El resplandor que nos había cegado lo habían provocado ellos para que estuviéramos callados y entre los prisioneros robados estaba también Cocò y... su amigo.

XII

¡ME VENDEN!

Ya no recuerdo cuántos ni qué senderos atravesamos, solo sé que fuimos lanzados juntos a una especie de casucha oscura y húmeda, como trapos viejos sobre la tierra desnuda mientras nos deseaban buenas noches con tono de agravio. Sobra decir que ninguno de los tres pudimos pegar ojo en toda la noche, estábamos angustiados pensando en qué nos sucedería al día siguiente que justamente era Nochebuena. Uno se veía ya asado, otro estofado, otro hervido. El pobre Cocò nos aseguraba que había visto en sueños, la noche anterior, a sus queridas difuntas y eso, decía, era signo inequívoco de que la muerte estaba cerca. No tenía ganas de rebatir esas tonterías y permanecí callado. Callaba, pero mi cabeza estaba en otra parte. Pensaba una y otra vez, triste, en el gallinero donde había nacido, en mamá, en el señor Giampaolo, en ese ángel que era Marietta y un poco en el querido señor Alberto, él también, pobrecito, me quería mucho.

¿Qué estaría haciendo ahora? Estarían durmiendo, seguro, y tal vez los niños soñarían con los caramelos y los juguetes que encontrarían por la mañana. ¿Quién les iba a decir a ellos que el pobre pollito se encontraba en ese momento mortalmente angustiado? Se acordaba además del pollo de Lena, de Tonia, del famoso lacito rojo, y esos recuerdos, dulces y crueles a la vez me arrancaban lágrimas amarguísimas de los ojos.

Así, quiso Dios que se hiciera de día. Nuestra prisión se abrió y dos sinvergüenzas con la cara negra como el carbón nos cogieron de dos en dos y nos ataron las patitas con un cordel.

Luego, como si fuéramos un puñado de espárragos nos llevaron boca abajo cogiéndonos por las piernas. Hacía mucho frío, pero el día era bonito. Las tiendas, todas adornadas de fiesta, estaban abarrotadas de gente que hacía la compra para el día siguiente.

¡Qué gentío!, ¡qué jaleo!, ¡qué bullicio! Venga a dar vueltas. Acabamos llegando a unas calles sucias y cutres que escuché que llamaban mercado. Allí sí que había comida en abundancia, tanta que se le haría la boca agua incluso al menos goloso. No faltaba nada: quesos frescos,

fruta dulce, granos de todo tipo, magníficos pajaritos pelados, selectos vinos y un corral que enamoraría a cualquiera excepto a mí.

—¡Pero qué pollos, qué estupendos capones! —gritó de repente el que me llevaba con un vozarrón que me inquietó.

—¿Y ahora que se le pasa por la cabeza para elogiarnos así? —pensé—. ¿Se habrá vuelto loco?

—Mírenlos, señores, ¡qué buenos pollos, qué fantásticos capones! —continuaba el traidor.

Lo entendí entonces y me puse a temblar. El ladrón llamaba la atención sobre nuestras cualidades no con la intención de adularnos, como había creído, sino para encontrar compradores. ¡Vergonzoso!

En eso se acercó una criada con una gran cesta en el brazo de la que asomaba una buena pata y un puñado de espinacas.

—¿Cuánto quiere por este capón? —dijo ella señalando al pobre Cocò que me miraba desesperado.

—Cuatro liras y hará una buena compra.

—¡Por Dios! ¿Pero cree que me voy a dejar robar así?

—¿Cuánto me daría entonces?

—Tres liras y ya está bien.

—Es poco, pero venga, total, para empezar, no está mal.

Y Cocò fue vendido, ¡Pobre Cocò!

—Señores, tengo un pollo tan tierno que se deshace en la boca. ¡Baratoooo!, ¡baratoooo!, ¡barato!

Se acercó un hombrecillo gordo, con unas gafas azules y un gran paraguas de tela bajo el brazo.

—Veamos a su pollo —dijo dirigiéndose al que me llevaba.

El desgraciado me exhibió y yo enseguida entablé amistad con mi futuro comprador dándole un picotazo en el dedo pulgar.

—¡Ay! ¿Y cuánto pides?

—Pongámonos de acuerdo, señor.

—Dime tú cuánto pides.

—Deme dos liras y media. ¿Le parece bien?

—¡Ni hablar! Estará de broma para pedir dos liras y media por este esqueleto. ¡Está seco y delgaducho!

Así que no dudé en volver a picotearlo.

—¡Ay, ay! Además, este animal está endemoniado.

—Le diré, señor, que no come desde hace tiempo y por eso...

—La toma con mis dedos, ¿no? ¡Vamos, hombre! Terminemos ya con esto que tengo prisa y me espera Masino en casa... ¿Cuál es tu último precio?

—Ya le he dicho...

—No, no, es caro. Te doy una lira y ochenta céntimos y el pollo está más que pagado. ¿Vale?

—De verdad, no puedo... Créame, me ha costado más a mí; yo lo he engordado con arroz y nueces como a los pavos, ¿sabe? Pero bueno, dejémoslo así. Total, para empezar...

Era la segunda vez que el embustero repetía la misma historia. Me desató y me entregó a mi nuevo dueño que me cogió entre los brazos con la delicadez con la que habría cogido a un niño. ¡Pobre hombre! Es cierto que las apariencias engañan, y yo que lo había picoteado una y otra vez.

—Quiera Dios —me dije a mí mismo— que una vez que lleguemos a casa ya no se vuelva a acordar.

Volví a pasar, aunque de modo mucho más cómodo que la primera vez, algunas de las calles que ya conocía y después de haber recorrido en toda su longitud una agradable avenida franqueada por elegantes edificios nos paramos delante de una casita con una gran cancela de hierro.

El hombre llamó insistentemente al timbre con una impaciencia que revelaba que era el señor de la casa. Salió

a abrirle una bella señorita vestida un poco de cualquier manera, pero con escrupulosa pulcritud.

—¡Anda, gandul! —dijo ella sonriendo—. El café y la leche de tanto hervir se han consumido. Y encima, el buena pieza de Masino que no quiere ir a la escuela hasta que no vea tus compras.

—Bueno, bueno —dijo sonriendo mi dueño—, ¿y dónde se esconde este señorito?

—¡Aquí estoy, papá! —exclamó una vocecita y poco después apareció un chiquillo despierto de la edad del señor Alberto.

Entramos en casa, en una cálida habitación baja donde estaba encendida una estufa. Me pusieron en el suelo.

—Con un par de libras de puchero, este pollo hará un caldo excelente —exclamó el señor mirándome con satisfacción.

Ante esas palabras, Masino se inclinó hacia el suelo y me cogió por el cuello con una cara... con una cara que

me reconfortó. Se puso a acariciarme y mientras con la manita delicada me alisaba las plumas dijo:

—Papá —preguntó sonriendo—, ¿los regalos de Navidad me los has comprado?

—No, mi niño, porque habría llegado muy tarde: habrá tiempo esta tarde cuando vuelva de la oficina.

—Disculpe, papá, ¿cuánto tiene idea de gastarse conmigo?

—¡Ah, curioso! ¿Y por qué le importa, si se puede saber?

—¡Venga, papá! Sea bueno y dígame cuánto se gastaría...

—No sé, ¿veinticinco o treinta liras? Quiero hacerte una chaquetita de paño y un sombrerito de esos que se llevan ahora, con el ala levantada, te compraré además algún juguete: un caballo o una escopeta... Ya veremos.

—Escuche, papá, querría proponerle algo, pero no me grite.

—Venga, siempre que te des prisa, que es tarde.

—Yo, de la ropa y del sombrero, podría prescindir perfectamente; tengo los del año pasado que todavía están bien… ¿no, mamá?

—No están mal, pero...

—Pero ya no se llevan, quiere decir, ¿verdad? Sin embargo, a mí no me importa nada eso de ir a la moda, yendo limpio y gustando a ustedes ya estoy más que contento; así que yo preferiría que no se gastaran el dinero en eso; por lo que respecta a los juguetes...

—Esos sí que los quieres, ¿no? —preguntó sonriendo el papá.

—¿A usted le parece —continuó el muchacho alzándose sobre la punta de los pies— que yo soy un niño de juguetes? ¿No ve lo grande que estoy? Más que distracciones, lo que necesito es estudiar.

—¿Entonces? —exclamaron los padres sorprendidos— ¿No quieres nada?

—De hecho, lo quiero todo... —respondió Masino riendo alegremente.

—No hay quien te entienda —dijo el padre levantándose con un poco de impaciencia—, como no te expliques mejor...

—Pues me explicaré. Papá, usted conoce bien a María la viuda, ¿verdad? Esa que tiene un niño de mi edad.

—Cómo no la voy a conocer, vive al lado...

—Pues bien, esa pobre mujer se enfermó hace unos días y no pudo entregar al mercero la docena de camisas que cose semanalmente. Ahora se ha recuperado un poco pero no se tiene en pie de la debilidad y no tiene dinero para comprarse un poco de carne, además, su hijo Paolino no tiene zapatos y ayer, con este frío, estaba descalzo, papá. Así que es obvio lo que haría. Me gustaría darle unas liras a María, para que se recuperase, y un buen par de zapatos a Paolino para que dejara de sufrir. A usted le da lo mismo gastar el dinero en una u otra cosa. Yo, ¿qué quiero? Los regalos no me aprovecharían pensando que en la casa de al lado hay criaturas que padecen todo tipo de necesidades… ¿Qué me dice, papá?

—Yo digo que eres un ángel, Masino —exclamó enternecido aquel afortunado padre, abrazando al hijo una y otra vez—. Y no solo ayudarás a María, sino que la invitarás a celebrar la Navidad con nosotros, a ella y a su hijo. Pobrecitos, así estarán un poco más alegres. Además, a ti te quiero hacer aún un regalito.

—Y lo acepto, papá —respondió Masino saltando por la habitación—, lo acepto a condición de que me deje elegirlo a mí.

—A ver.

—Regáleme este buen pollo, con la promesa de no matarlo nunca jamás.

—Está bien, ¿dónde lo quieres poner?

—En la cocina y, de día, cuando haga buen tiempo, lo dejaremos pasear por el jardín.

—No hay problema —respondió el padre muy contento—. ¿Algo más?

—¿Usted cree? Estoy como unas pascuas y me voy corriendo a la escuela. Hasta luego.

Y el querido niño, después de haber besado a sus padres que lo miraban emocionados, salió rápidamente de la habitación con cartera bajo el brazo.

La señora Carolina, que así se llamaba mi nueva dueña, me dio las más cariñosas atenciones y desde ese momento, lo digo muy feliz y dando gracias al Señor, comenzaron los días más tranquilos de mi vida de aventuras.

CONCLUSIÓN

Las fiestas de Navidad pasaron alegremente y Masino se mostraba conmigo tal cual me había parecido desde el primero momento en el que lo conocí, es decir, bueno y educado.

Me angustiaba, sin embargo, no saber qué sería de mis anteriores dueños y quién sabe lo que habría pagado con tal de descubrirlo. El buen Dios se dignó a escucharme antes de lo que creía, así fue lo que pasó: el día de Año Nuevo hubo en casa un gran ir y venir de gente y hacia las seis, cuando los señores estaban a punto de sentarse a la mesa, el sonido del timbre nos anunció una nueva visita. La criada fue a abrir y al cabo de dos minutos adivinen, niños, a quién vi entrar en la sala. Nada menos que a la señora Clotilde y a Alberto, el mismo Alberto en carne y hueso. Al principio no me vieron concentrados como estaban en prodigarse todo tipo de palabras cariñosas, pero cuando se sentaron y yo fui a picar un poco la botita del querido Albertino, este dio un grito de sorpresa y girándose hacia la señora Clotilde exclamó:

—Mamá, ¡mire! ¿No es este nuestro pobre pollito?

—Claro que sí —respondió enseguida la señora agachándose y cogiéndome en el regazo—, es él, lo reconozco.

Dirigiéndose entonces a los padres de Masino que la miraban sorprendidos dijo:

—¿Quién les ha dado este animalito, amigos míos?

—Lo compré el día de Nochebuena en el mercado —respondió el señor.

—Y, perdone, ¿a quién se lo compró?

—Pues a una especie de campesino que, con toda franqueza, tenía una gran cara de granuja.

—Ahora lo entiendo —exclamó la señora juntando las manos—. ¡Era el ladrón!

—¿El ladrón? —preguntó sorprendido el papá de Masino—. Pero ¿qué está pasando aquí?

—Sepa usted —añadió la señora—, que el día antes de Nochebuena nos robaron cinco pollos entre los que se encontraba este, los ladrones los habrán vendido y esto explica toda la historia.

—¡Cuánto lo siento! —dijo completamente afligida la señora Carolina—. Por suerte podremos devolverles al menos uno.

—Pero ¿cómo cree? —interrumpió Alberto—. El pollo lo han comprado ustedes y les pertenece; además, me he dado cuenta de cuánto lo quiere Masino, ¡cómo iba a querer quitárselo!

Masino, de hecho, me miraba con cariño, pero después de cruzar una rápida mirada con sus padres respondió amablemente:

—Alberto, el pollo es tuyo y lo recuperarás.

—No lo quiero —añadió Alberto con amable obstinación.

A saber cuánto habría durado esa competición de amabilidad y buen corazón si la señora Clotilde no la hubiera cortado con esta frase:

—El pollito se quedará con Masino, pero Masino tendrá que hacernos un buen regalo a Alberto y a mí y este regalo consistirá en venir a pasar el día de Reyes con nosotros.

Después de estas palabras, todos aplaudieron con alegría y se pusieron a hablar de otra cosa. Después de media hora, cuando Alberto y su querida mamá estaban a punto de despedirse, la señora Carolina les preguntó:

—¿Y qué ha sido de sus granjeros de Vespignano? ¿Están todos bien?

—Muy bien —respondió la señora Clotilde—, de hecho, ayer recibí una simpática carta de Marietta, la niña siempre ha sido buena y cariñosa, ya que fue ella quien regaló este pollito a mi Alberto, cuando le escribamos le diremos a qué manos ha ido a parar y estoy convencida de que esta noticia le gustará mucho. Ahora, queridos, me despido y nos vamos que es tarde. Y después de estrechar las manos a mis dueños, la señora y el señorito salieron.

Yo me quedé un poco triste, pero el placer de haber vuelto a verlos y de haber tenido noticias de Marietta disiparon pronto mi nostalgia y volví a ser el pollito despierto que había sido siempre.

El recuerdo que nunca me ha abandonado y que no me dejará mientras viva es el de mi pobre madre a la que no volveré a ver. Cuando pienso que algunas veces ha estado mal por mí, cuando pienso en todas las desazones que le he provocado se me parte el corazón de dolor y arrepentimiento. ¡Pobre mamá! Muchas veces me parece verla y escuchar su dulce y querida voz. Es verdad que en esta casa no me falta de nada, todos me quieren y no tengo que estar siempre alerta contra las persecuciones de perros o gatos; pero tengo que decírselos, es como lo siento, queridos lectores. Volvería a padecer esas angustias e incluso hambre con tal de volver a ver a mis compañeros, mi gallinero y mi mamá.

—Querida mamá —me gustaría decirle—, aquí me tienes de regreso, pero ya no soy como antes, ¿sabe? No tenga dudas que he vivido la vida de la ciudad. En las casas de los señores se comerá mejor y tendremos más lujos, pero la paz que se disfruta en el campo allí

no se encuentra y usted, cuando me hablaba del ratón de campo, tenía toda la razón; ahora que los disgustos me han enseñado el verdadero aspecto de las cosas y me han enseñado a ser bueno, modesto y sin soberbia, esté tranquila, mamá, que los errores del pasado no los volveré a cometer.

Esto es lo que me gustaría decirle a mamá, pero —¡pobre de mí!— no puedo. Todo lo que puedo hacer es rezar al buen Dios para que le conserve la salud y haga que, de vez en cuando, ella piense con ternura en su hijito que está lejos.

Lectores y lectoras, mi labor termina aquí. Sin embargo, antes de dejarlos quiero darles algunas advertencias que podrán serles de utilidad. Quieran mucho a sus padres y piensen que nunca encontrarán mejores amigos que ellos. Obedézcanlos en todo y para todo y si les prohíben trabar amistad con tal o cual niño, háganles caso, no traten de indagar las razones que los llevan a actuar de ese modo y convénzanse de que ellos no desean otra cosa que el bien de sus hijos.

Recuerden lo que me sucedió por culpa del pollo de Lena. Si alguien los ofende injustamente no piensen

nunca en vengarse, porque la venganza es lo más feo de este mundo, de hecho, si se les presenta la oportunidad de ser amables con la persona que los ha ofendido, háganlo con alegría y el Señor los bendecirá.

No molesten a los animales ni le cojan gusto a verlos sufrir; el corazón se vuelve insensible, cruel y el niño que ha matado un pichón o ha picado los ojos a un pajarito será muy capaz, cuando crezca, de peores fechorías.

No sean vanidosos; permanezcan contentos con la vida que les ha dado el Señor y piensen que es rico quien está satisfecho de lo que posee. Sean caritativos, para ello no es necesario tener mucha fortuna, un céntimo dado con amor, una buena palabra o un consejo afectuoso valen más que las más abundantes limosnas y pueden hacer muy feliz a quien los recibe. Y ahora, adiós, queridos niños. Quién sabe si volverán a hablar de mí; pero para no tenerlos en ascuas sobre mi futuro, les diré que tengo la seguridad de que moriré de viejo y que esta seguridad la tengo porque he escuchado a Masino diciéndole las siguientes palabras a Alberto:

—Sí, amigo mío, a tu pollo nunca lo matarán y terminará sus días en paz.

Por lo tanto, lo único que me queda es hacerles una buena reverencia acompañada por un largo y ruidoso quiquiriquí.

"En ese momento, sentí que explotaba de dolor y nadie sabe lo que hubiera pagado por ser un niño y poder decir todo lo que tenía en el corazón…

Colección
Lima Lee

